LOS HUGONOTES

Triunfos del Evangelio

O

Historia de los sufrimientos, Luchas y Victorias de la Iglesia Evangélica de Francia

Por

ENRIQUE FLIEDNER

Traducción del francés por

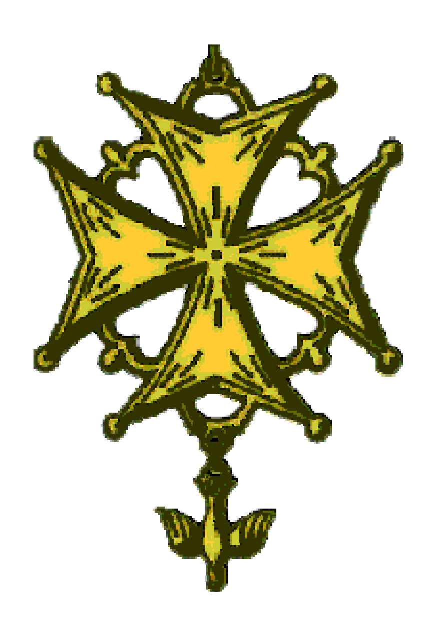
SALVADOR GONZALES

1938

Índice:

Sin duda, una de las páginas más gloriosas de la historia de la Iglesia Cristiana es la que fue escrita por los heroicos hugonotes, adictos a la Reforma protestante en Francia, quienes desde principios del siglo xvi hasta fines del siglo xvii soportaron una tras otra, atroces persecuciones y los más horribles martirios, por su fe evangélica. Apaleados, condenados a galera por toda la vida, asesinados en masa, afrontaron siempre el martirio con la certidumbre de una recompensa gloriosa en el cielo. No menos de veinte mil perdieron la vida en la famosa matanza de San Bartolomé (1572), cuando cayó decapitado traicioneramente el Almirante Coligny, jefe en ese entonces del partido hugonote.

Este pequeño libro es, dentro de su brevedad, un apretado relato de emocionantes actos de heroísmo de hombres y mujeres que por su fe supieron sacrificarlo todo, diciendo como la joven Blanca Gamont: "Cambiaré sí, de la tierra al cielo, pero de religión, jamás en mi vida".



Este dibujo muestra una reproducción de una “cruz Hugonote”. No se conocen con exactitud todos los antecedentes históricos de ella. Parece haber sido creada en su forma actual, en 1668 por un joyero nimés protestante, de nombre Maestre. Desde aquel entonces, sirvió para reconocimiento entre los hugonotes cuando las persecuciones ocasionadas por la revocación del Edicto de Nantes llegaron a su más irracional nivel. La paloma simboliza el Espíritu Santo, la cruz (derivación de la cruz de Malta, por oposición de la cruz latina que recuerda el crucifijo romano), el sacrificio redentor del Hijo de Dios y las flores de Lys que enlazan los brazos de la cruz, una corona evocando el Reino de Dios Padre, representando en conjunto, la cruz hugonote una simbolización de la Trinidad.

I

PUERTAS ABIERTAS Y ADVERSARIOS NUMEROSOS, O SEA PROPAGACIÓN DEL EVANGELIO EN FRANCIA HASTA EL EDICTO DE NANTES

El instrumento escogido de que se sirvió Dios, hace cerca de cuatrocientos años, para hacer llegar a este país el Evangelio puro, fue Juan Calvino o Cauvino. Nació en Noyón, en Picardía, el 10 de junio de 1509, y consagrado al estado eclesiástico, se dedicó en primer término al estudio de la teología; pero su padre, Gerardo Calvino, esperando sacar mejor partido de la brillante inteligencia de su hijo dedicándole a la jurisprudencia, le envió a la Escuela de Derecho establecida en Bourges. Dios, empero, cuyos pensamientos están infinitamente por encima de los humanos proyectos, contrarió este plan, y así fue como precisamente en esta ciudad abriéronse los ojos del joven Calvino para ver los errores y abusos de la Iglesia romana, de la que había sido él hasta aquel instante uno de los más ardientes defensores. Desde aquel momento anunció con tal ardor la verdad por él tan bien conocida, que atrajo luego sobre sí violentas persecuciones por parte del clero católico, hasta el extremo de verse precisado a abandonar su patria para refugiarse en la libre Suiza. Se estableció en Ginebra, y allí llegó a ser muy pronto el predicador más en boga y el más celoso propagador de la Reforma entre las poblaciones de la Suiza francesa.

Calvino, gracias a la situación geográfica del cantón de Ginebra, pudo contribuir eficazmente a la propagación y afianzamiento del Evangelio en estas dos comarcas, y sobre todo en su propio país, al cual profesó siempre amor ardiente. A la manera que las ¿aguas cenagosas del Ródano salen claras y limpias del majestuoso Lemán, y van a fecundizar una parte de las fértiles campiñas de la Francia, así la palabra de Dios, brotando pura de la ciudad de Ginebra, semejante a la poderosa y bienhechora corriente de un río caudaloso, se esparció por la nación francesa y, despertó en ella una nueva vida religiosa. En Ginebra se imprimieron la Biblia y los libros de piedad que llevaron la luz a la mitad de Francia; allí los cristianos evangélicos perseguidos encontraron un seguro refugio; allí, a los pies de Calvino, se formaron los celosos predicadores cuyo poderoso testimonio llenó la Francia desde el Jura hasta los Pirineos.

Esta semilla, profusamente derramada, cayó en un terreno bien dispuesto. En efecto; ya en la Edad Media los Valdenses y los Albigenses, que ocupaban una parte del Mediodía de Francia, apoyándose en la Sagrada Escritura, habían levantado enérgicas protestas contra los errores de la Iglesia romana. Verdad es que fueron aplastados por las cruzadas sangrientas que contra ellos lanzaron los legados de los papas; pero sus descendientes habían conservado en el fondo de su corazón un ardiente amor hacia el Evangelio, y el invencible disgusto que les inspiraban las tradiciones y supersticiones romanas; así que, cuando el Evangelio pasó de Alemania al Norte de Francia y llegó hasta París, hubo de ser acogido con simpatía y entusiasmo, singularmente entre las clases más elevadas y cultas de la sociedad, a las cuales pertenecían la mayor parte de los primeros habitantes que lo recibieron en su corazón y en sus casas.

En 1512, cinco años antes de que Lutero fijase sus tesis en la puerta de la iglesia de Witenberg, Lefevre de Etaples, profesor de la Sorbona, había anunciado ya en su comentario sobre la Epístola a los Romanos, las doctrinas enseñadas más tarde por el reformador de Alemania. Piadosos obispos, hombres de Estado que ocupaban elevados puestos, familias nobles y poderosas se habían declarado igualmente por el Evangelio, que había penetrado hasta en la corte de Francisco I, cuya hermana, la ilustre Margarita de Valois, llamada la Margarita de las Margaritas, habíale abierto su corazón. Distinguida por su hermosura y rodeada del lujo y de las tentaciones de una sociedad corrompida, supo esta princesa conservarse pura, "mirando el

oprobio de Cristo como una riqueza infinitamente superior a todos los tesoros de la tierra". Tomó por emblema la flor del girasol, que por sus rayos y hojas tiene con el sol muy grande semejanza, "y se vuelve a mirarlo dondequiera que va", y añadió este lema: "Yo no busco las cosas de aquí abajo". Sus sentimientos religiosos los expresó en unos versos que nos han sido conservados, y que puestos en castellano vienen a decir así:

> ¿Qué castigo, qué pena, qué tormento será bastante a compensar la deuda de mi maldad?
>
> ¡Oh Dios! que eres mi Padre y Padre eterno, que nunca mudas y que mueres nunca, y que las culpas por gracia perdonas, cual criminal, me arrojo aquí a tus plantas, plantas benditas de mi dulce Dueño; apiádate de mí, Padre adorado, verbo divino, Jesús, rescate mío, obispo y rey triunfante y poderoso que de morir muriendo me libraste. El hombre es por la fe, benigno y justo; el hombre es por la fe, puro, inocente; el hombre es por la fe, rey con el Cristo; por la fe tengo a Cristo y la abundancia; yo era pobre, sin ciencia, sin arrestos, y en ti soy rica, sabia y poderosa.

Muy otros eran los sentimientos de su hermano Francisco I respecto a la nueva doctrina. Lleno como estaba de proyectos de ambiciosa política, dio oídos a las excitaciones de su despreciable madre Luisa de Sabaya, contra el Evangelio, abriendo así la larga serie de los reyes de Francia que intentaron ahogar en sangre el rebaño del Señor y la Palabra de la verdad, logrando sólo atraer sobre ellos los juicios de Dios, y sobre su país la desolación y la ruina.

El primer mártir de estos tiempos nefastos fue un pobre obrero, el cardador de lana Juan Leclerc, natural de Meaux. Movido por el espíritu de Dios, iba de casa en casa anunciando el Evangelio y dando en toda la ciudad un enérgico testimonio contra el Papa, al que representaba como el anticristo. Durante tres días fue llevado por las calles con las espaldas desnudas y azotado en ellas hasta el punto que de sus carnes desgarradas brotaba la sangre a borbotones. Por fin fue marcado en la frente con un hierro candente, como el peor de los malhechores. A la vista de este suplicio, su madre, vencida por el dolor, lanzó un grito de desesperación; mas luego triunfó su fe, y exclamó, con tal fuerza que hasta se conmovió el verdugo: "¡Viva Jesucristo y sus insignias!" A pesar de esa marca infamante, prosiguió el mártir protestante contra el culto idolátrico de las imágenes. Fue preso de nuevo en Metz y condenado a ser quemado vivo. Para satisfacer a la muchedumbre furiosa, se comenzó por desgarrar su cuerpo con tenazas candentes, y en medio de sus tormentos repetía el mártir en voz alta: "Sus falsos dioses son de oro y de plata, obra de las manos de los hombres; tienen boca y no hablan; tienen ojos y no ven; tiene oídos y no oyen; a ellos serán semejantes los que los hacen y los que en ellos confían; tú ¡oh Israel! confía en el Eterno, porque él es el socorro y el escudo de los que le invocan."

Algunos años más tarde, había aumentado de tal modo la comunidad protestante de Meaux, que fueron arrestados al mismo tiempo sesenta y dos de sus miembros, entre hombres y mujeres. Instruyóseles proceso, y catorce de ellos fueron condenados a la horca. Se comenzó por aplicarles la tortura, y mientras que los verdugos se cansaban desgarrándoles sus cuerpos, uno de los mártires poseído de una santa alegría, exclamaba: "¡Valor, amigos míos; no os compadezcáis de este miserable cuerpo que tanto ha resistido al Espíritu y que tan a menudo se ha rebelado contra su Criador!" Después comenzó el sacrificio, y terminó con el canto de los sacerdotes que salmodiaban, a voz en cuello: "¡Oh saludable víctima! ¡oh reina, yo te saludo!"

Continuaban las persecuciones. Un pobre zapatero contrahecho, por nombre Milon, que anunciaba la palabra de Dios a las personas que iban a visitarle, fue arrancado de su lecho de dolor, arrojado en un calabozo y después conducido al cadalso. Cinco jóvenes estudiantes de

teología, que volvían de Lausanna, donde se habían preparado para el sagrado ministerio, y entraban en Francia para desempeñar sus santas y difíciles funciones, fueron cogidos arteramente y encarcelados en Lyón, donde se los quemó vivos en la plaza de Torreaux. No habiendo podido servir a Dios con su vida, le sirvieron con su muerte cantando salmos.

Un pobre artesano, llamado Esteban, respondía al juez que le había condenado: "No, tú no tienes poder para darme la muerte; lo que haces es mandarme a la vida". Muchos sacerdotes y religiosos abandonaban las supersticiones de Roma, abrazando el Evangelio; a éstos se les aplicaba tratamientos mucho más crueles.

Es digna de admiración la inquebrantable firmeza de estas víctimas sometidas a horrorosas torturas. Las sufrían sin quejarse y sin hacer traición jamás a sus hermanos en la fe. A muchos de estos condenados se les cortó la lengua antes de ser quemados vivos o decapitados; poníaselos así en la imposibilidad de dar testimonio de su fe desde lo alto de las hogueras o de los cadalsos. Tal fue el caso de dos obreros, llamados Filleule y Leveille, de Nevers, arrestados en el momento en que buscaban un refugio en Ginebra. No consiguieron, sin embargo, su objeto los verdugos, porque, como dice un cronista: "El Dios omnipotente obró un milagro en favor de estos dos hombres de manera que después de habérseles cortado la lengua y mientras se les ataba al poste para ser quemados, óyeseles claramente articular estas palabras: "Adiós, pues, pecado, carne, mundo y Satanás; ya no nos importunaréis en adelante".

Un historiador católico, hablando de estos revueltos tiempos, escribe: “En todos los puntos del reino habíanse encendido hogueras; pero el ir débiles mujeres al suplicio cantando salmos y confesando que sólo Cristo es el Salvador; el afrontar la muerte delicadas doncellas con mayor júbilo que si se encaminasen al altar, el regocijarse los hombres a la vista de los instrumentos del suplicio, contemplando medio carbonizados las heridas que se les había hecho con tenazas encendidas, y muriendo con la alegría en el alma y la sonrisa en los labios; la vista, en fin, de estos espectáculos lúgubres y sin cesar renovados, despertaban penosas emociones, no solamente en las clases populares, sino también en las más elevadas esferas de la sociedad. Así es que cuando contemplaban en las plazas públicas los cuerpos ennegrecidos, colgados de horribles cadenas, tristes despojos de las ejecuciones, no podían contener sus lágrimas, y a una con sus ojos lloraba también su corazón."

La causa única de todas estas penas y tormentos era la fe en la Sagrada Escritura. He aquí el extracto del interrogatorio de una joven viuda llamada, Filipina de Luns. Presa en una reunión que tenía lugar en la calle de Santiago, manifestó en todo el curso de su proceso un valor y una presencia de espíritu admirables. Preguntada si creía en la doctrina papal, respondió: "Yo sólo quiero creer lo que está escrito en el Antiguo y en el Nuevo Testamento."

—¿No queréis participar del sacramento de la hostia?

—Yo sólo quiero hacer lo que mi Señor Jesucristo me manda.

—¿Desde cuándo no os habéis confesado con un sacerdote?

—No lo sé; pero cada día confieso a Dios mis pecados, y no creo que Jesucristo haya mandado otra confesión, porque sólo El tiene el poder de perdonar los pecados.

—¿Qué pensáis de las oraciones dirigidas a la Virgen y a los santos?

—Tratándose de oraciones, yo solamente sé lo que Dios me ha enseñado; es decir, que debo invocar a Dios solo, en el nombre de su Hijo Jesucristo, y a nadie más.

—¿Qué pensáis de las imágenes?

—Pienso que no les es debido ni honor ni culto.

—¿De quién habéis aprendido estas cosas?

—Las he aprendido en el Nuevo Testamento; por lo que mira al poder que el Papa se atribuye, yo no he visto acerca de él ni una palabra en el Nuevo Testamento.

Después de este interrogatorio fue condenada la joven a la tortura y a la hoguera. La vista de los verdugos la asustó tan poco, que dijo sonriendo dulcemente: "He dejado las vestiduras de mi luto, y me he engalanado para ir al encuentro de mi celestial esposo." Cortáronle la lengua y le chamuscaron los pies y el rostro, y al fin fue estrangulada y quemada junto con sus dos compañeros de suplicio, Nicolás Clivet, anciano de setenta y un años, y un joven llamado Cravelle. Soportaron estos tormentos con tal firmeza, que un cronista, al contarlos, exclama: "Ha sido éste un triunfo maravilloso, porque Dios ha mostrado de una manera visible cuan poderoso es para dar a la juventud firmeza y a la ancianidad fortaleza, y para poner en una mujer débil y delicada un valor heroico, cuando le place manifestar en sus elegidos su gloria y su divinidad."

Estableciose en la capital del reino un tribunal de sangre, con el nombre de Cámara ardiente, y hasta la corte suprema, el Parlamento de París, se mostraba animado de tal furor contra los herejes, que consintió en entregar a la rabia y la hoguera de Roma a uno de sus miembros más distinguidos, por nombre Anne du Bourg (1559). He aquí como sucedió: Un. Día presentóse, Enrique II delante de la alta Asamblea, y pidió a todos sus miembros que expusieran francamente su opinión sobre la doctrina cristiana; volvióse entonces du Bourg hacía el rey, y le rogó en los términos más conmovedores que considerase que se trataba en esto de un asunto que mira y atañe a Jesucristo. "Es injusto, dijo, condenar por su fe a hombres que oran por el rey y que en medio de las llamas invocan el nombre de Jesucristo, mientras que en la corte se tolera el perjurio, la impureza, el adulterio y la inmoralidad más escandalosa." Al oír estas palabras, quedó el rey un momento suspenso; después, arrebatado de ira, ordenó que arrojasen a la prisión a este valeroso confesor, junto con tres de sus colegas que se habían expresado en el mismo sentido; juró que había de apacentar sus ojos con el suplicio de estos herejes, y mandó que se los procesara inmediatamente. Pero Dios tenía preparado otro espectáculo. Verdad es que los mártires sufrieron con firmeza el calabozo y recibieron a través de las llamas la corona de la vida; pero también es cierto que el rey no pudo verles morir. En efecto, con motivo de las bodas de la hermana Margarita con Manuel Filiberto, duque de Saboya, y de su hija con Felipe II, rey de España, había organizado un torneo en el que se proponía brillar por su destreza y agilidad. Mientras se entregaba a este ejercicio con su fogocidad ordinaria, un fragmento de lanza le hirió en el ojo, de manera que de sus dos ojos, con los que quería procurarse el placer de ver morir a los fieles discípulos del Evangelio, el uno fue reventado y el otro no tardó en cerrársele para siempre, pues habiéndosele formado un absceso en la llaga, Enrique murió el 10 de Julio de 1559, presa de los más crueles dolores. En medio de su agitación, los cortesanos extendieron «obre su cuerpo una cubierta o colcha, en cuyo tejido estaba dibujada la imagen de San Pablo, derribado por la aparición del Señor en el camino de Damasco, con esta inscripción: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?"

Esto no obstante, los ojos de sus sucesores no se abrieron con este castigo de Dios. Aguijoneados por la reina madre, la ambiciosa, la rencorosa, la viciosa Catalina de Mediéis sus tres hijos que ocuparon sucesivamente el trono, continuaron durante su breve rehuido atizando el odio de las poblaciones contra el Evangelio, y esto con gran daño suyo y ruina del país. Efectivamente, durante treinta años, de 1562 a 1593, las guerras civiles y las religiosas, interrumpidas tan sólo de cuando en cuando por breves armisticios, se cebaron en Francia asolando sus fértiles campos y ocasionado la muerte a sus hijos. Cierto es que al principio de su reinado, Francisco II y su gobierno parecían dispuestos a usar de alguna dulzura para con los perseguidos; pero no duraron mucho estas disposiciones, porque no eran el efecto de

convicciones sino el temor a los Hugonotes, como entonces se llamaba a los evangélicos. ¿Cuántos de estos piadosos cristianos llegaron a la gloria por la cruz en estos borrascosos tiempos? Sólo Dios lo sabe. Ninguna crónica ha indicado el número de los que entonces fueron inscriptos en el libro de la vida. Con todo, se puede calcular que en el período comprendido entre 1530 y 1560, no sucumbieron menos de cincuenta mil víctimas de su fe.

Sin embargo, estas crueldades, propias de otra época, tuvieron un resultado contrario al que se esperaba. Puede asegurarse que entonces, como en los primeros tiempos del cristianismo, la sangre de los mártires fue la semilla de la Iglesia. En 1559, los representantes de dos mil comunidades de hugonotes se reunieron en un sínodo en París, estableciendo entre ellos una fuerte organización eclesiástica y elaborando una confesión de fe tan perfecta, que Calvino decía de ella que era la esencia misma de la Palabra de Dios, sellada con la sangre de los mártires.

A pesar de estas sangrientas persecuciones, el número de los protestantes había aumentado de tal manera, que en 1560 se podía calcular en cinco millones, y de ellos una buena parte eran nobles. El edicto de San Germán (Enero de 1562), les reconoció el derecho de vivir según su fe y de celebrar su culto en todas partes, excepto en las grandes ciudades; de manera que Calvino, lleno de alegría, exclamaba: "Si se observa este edicto, el papado caerá hecho polvo."

Por desgracia, el edicto no fue cumplido. El duque de Guisa fue quien lo violó por la matanza de Vassy. Pretendía este príncipe tener quejas de los Hugonotes de esta pequeña ciudad, porque se habían burlado del obispo de Troyes, el cual en una discusión con su pastor se quedó corto y sin saber qué decir. Marchó, pues, el de Guisa contra ellos con una tropa de doscientos hombres, armados de arcabuces y puñales. El 1ª de Marzo los Reformados se habían reunido en número de cerca de mil doscientos, en una granja que les servía de templo. Creíanse en seguridad bajo la protección del edicto de San Germán; mas no bien, empezado el culto, se precipitaron las gentes de Guisa en medio de los fieles inofensivos, y durante una hora golpearon, mataron, estrangularon, sin perdonar sexo ni edad. Setenta personas quedaron allí muertas y más de doscientas recibieron heridas graves. Después de tan brillante expedición, llamó el duque al juez, y le reprendió ásperamente por tolerar semejantes reuniones; recordóle el juez el edicto de San Germán, y el de Guisa, llevó la mano a la espada, exclamando: "Yo me encargaré de cortar ese edicto de papel." Vuelto a París, llamó el príncipe a las armas a la burguesía fanática, y levantó así un ejército de 80.000 hombres. Comprendieron entonces los evangélicos que el Gobierno no tenía ni la voluntad ni el deber de protegerlos, y que, por lo tanto, tenían ellos que proveer a su propia seguridad.

Por lo demás, sentíanse capaces de resistir a sus adversarios, porque en sus filas había muchos hombres de guerra valientes y experimentados. El que a todos aventajaba era,.Gaspar de Coligny, el caballero sin miedo y sin tacha, nacido el 16 de febrero de 1517, de la noble y piadosa dama Luisa de Montmorency, cuyo retrato, en actitud de orar, se conserva todavía en un ventanal de la iglesia de aquella ciudad. Su valor y su ciencia militar le habían valido, a la edad de treinta y seis años, el grado de almirante de Francia. Su prudencia y su presencia de ánimo eran tan conocidas, que sus adversarios nunca le temían tanto como después de haberle ocasionado una derrota. Pero lo que más le distinguía era su sincera piedad, que consistía en tomar el Evangelio por regla de su conducta. Hacía diariamente el culto de familia con todos los de su casa y en el campo lo celebraba con sus criados. Cuando se despidió de su esposa para ponerse a la cabeza del partido protestante, le dijo: "En Dios pongo toda mi esperanza, y confío que tendrá piedad de su pobre Iglesia y de este reino; yo te exhorto a que quedes siempre fiel al Evangelio, porque Dios nos ha hecho experimentar que él es el verdadero pan del cielo. En cuanto a mí, no puedo ambicionar más grande honor que el de sufrir por el nombre de Dios. Posible es que te anuncien algún día mi, encarcelamiento o mi muerte; tú permanece fiel; haz bautizar al hijo que pronto te

El Almirante Coligny, jefe y caudillo de los Hugonotes.



va a nacer, y prefiere morir antes que verte contaminada por Ya superstición romana . Con todo, los designios de Dios son incomprensibles, y de maravillosa manera conduce todas las cosas. Muchas veces, cuando los hombres desesperan completamente de su salvación y su vida, hace milagros para librarlos."

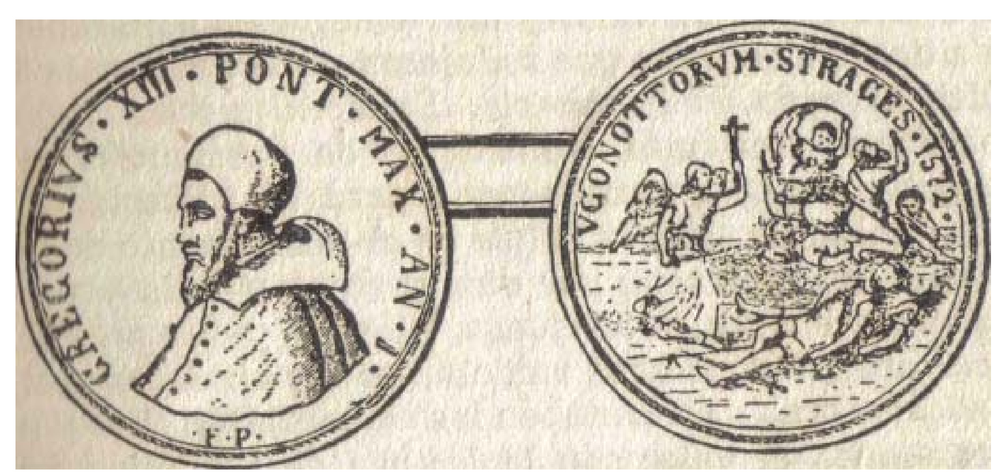
Sí, los designios de Dios se mostraron incomprensibles para con este hombre tan distinguido; después de haberle colmado de honores terrenos, después de haberle concedido las más señaladas victorias sobre sus enemigos, permitió que muriese con muerte ignominiosa para darle la corona del martirio.

Esto fue lo que sucedió en la célebre noche llamada de San Bartolomé. Carlos IX, cansado de una guerra civil que venía durando ya diez años, tuvo la idea de hacer una reconciliación entre los partidos por el matrimonio de su hermana Margarita de Francia (Margot) con el joven Enrique de Navarra, jefe de los Hugonotes. Un gran número de gentilhombres reformados, confiando en los edictos tan solemnemente jurados, acompañaron a París al regio desposado (1572). Coligny se había conquistado a tal extremo el favor del débil rey Carlos, que la reina madre, temiendo perder el poder que hasta entonces había ejercido, resolvió hacer desaparecer a este hombre a cualquier precio. Puesta de acuerdo con los Guisas, hombres sedientos de sangre, consiguió con sus importunidades cambiar las disposiciones vacilantes de su hijo, haciendo pasar ante sus ojos el espectro de una conjura tramada contra su vida, y logró así asociarle a su inicuo proyecto. Los fanáticos habitantes de la capital, aprovechándose de la oscuridad de la noche, juntaron una tropa de esos hombres que siempre están dispuestos a la guerra y al asesinato; servíales de señal y distintivo un lazo blanco en el sombrero. Cercan las casas de los Hugonotes, y a media noche, a toque de corneta, se arrojan a ellas, las asaltan como un torrente y degüellan a aquellos hombres indefensos y dormidos. Coligny fue la primera víctima. Despertado por los pasos de los soldados y el rumor de las armas, llama a su criado Merlín para orar con él. En el mismo instante es echada abajo la puerta de su habitación, y Besme, uno de los familiares del duque de Guisa, penetra en ella. — Tú eres Coligny — dícele brutalmente, y después de este apostrofe le clava un puñal en el pecho, profiriendo horribles juramentos. —Besme —le grita el de Guisa desde el fondo del patio, ¿acabaste? —Sí, señor. —Bueno, pues échalo por la ventana para que le veamos. — El cuerpo del almirante, palpitante aún, cae .sobre el pavimento delante del duque de Guisa, que lo golpea

con el pie en el rostro. Un criado le cortó la cabeza, y la llevó a Catalina de Mediéis, que la miró sin emoción, y ella misma desplegó los lienzos que la envolvían para contemplarla mejor.

El cuerpo decapitado fue paseado en triunfo por las falles, llevado por un populacho delirante, y precipitado en el Sena. Desde este momento, sólo se oyó en calles y casas el ruido de las armas, de las detonaciones de los arcabuceros, los aullidos de los asesinos, los gemidos de los moribundos y los gritos angustiosos de los que huían, los cuales encontraban la muerte dondequiera que buscaban un refugio. Cuéntase también, que el rey, desde lo alto del balcón del Louvre, disparaba sobre los que intentaban huir, "a fin, decía, de que no quedase un solo Hugonote para acusarle". La carnicería duró tres días y tres noches en París, de suerte que muy pocos lograron escapar. Las principales ciudades del reino, tales como Orleans, Lyón, Tolosa y muchas otras, tuvieron también su San Bartolomé; de manera que, según los cálculos más moderados, veinte mil Hugonotes perdieron entonces la vida.

Esta monstruosa carnicería, perpetrada a favor de una traición infame, arrancó un inmenso grito de horror a toda la cristiandad evangélica. Pero el papa Gregorio XIII triunfaba. Hizo cantar un Te Deum, y para perpetuar el recuerdo de este sangriento auto de fe, hizo acuñar una medalla con la inscripción siguiente



El papa Gregorio XIII. Matanza de San Bartolomé.

En efecto, este recuerdo se ha perpetuado, pues ni el papado, ni la dinastía de los Valois podrán jamás purificarse de esta sangrienta mancha. Aún más: puede» asegurarse, sin temor a exagerar, que la ruina de esa dinastía se debe en gran parte a las consecuencias de la noche de San Bartolomé.

La República francesa ha comenzado a reparar tan odioso crimen, erigiendo una estatua al valiente almirante, y así le ha dado testimonio, al menos en parte, del agradecimiento que le es debido.

Privados de su principal jefe, resolvieron los Hugonotes defenderse con el valor de la desesperación. Habiendo desaparecido casi toda la nobleza, la burguesía cnarboló valientemente la bandera de la Reforma, que yacía en un charco de sangre. Muchas ciudades como Nimes, Montalbán, La Rochelle, Sancerre, cerraron resueltamente sus puertas y se aprestaron a la defensa. Estas dos últimas en particular resistieron con un valor y una abnegación admirables a sitios prolongados que redujeron a sus habitantes al último grado de la miseria. Faltáronles los víveres, pero quisieron más alimentarse de substancias repugnantes que no exponerse a perder su libertad civil y religiosa. Mientras que en el campamento de los sitiadores, divididos, por otra parte, por odio y desconfianzas mutuas, el juego, el vino y las mujeres excitaban una alegría

ruidosa, en las ciudades asaltadas se oraba, se cantaban las alabanzas de Dios y se reanimaba el valor con la lectura de su divina palabra.

Carlos IX, viendo todas sus ofertas de conciliación rechazadas, atormentado por el recuerdo de la noche de San Bartolomé, cuyas víctimas se presentaban a su imaginación bajo la forma de espectros sangrientos, se inclinaba visiblemente al sepulcro. En los últimos días de su vida, oíasele gritar: "¡Ah!, pobres súbditos míos, ¿qué me habéis hecho?... ¡Me forzaron, me forzaron!" Luego, dirigiéndose a su anciana nodriza, que era Hugonote, decía: "¡Ay, Chacha mía, cuánta sangre, cuánta sangre!" Torturado por los remordimientos, exhaló el último suspiro de 30 de mayo de 1574.

Su sucesor fue Enrique III, hermano suyo, bajo cuyo reinado continuaron las guerras civiles; se deshizo del duque de Guisa, el feroz autor de la matanza de la noche de San Bartolomé, que aspiraba a la corona, haciéndole asesinar en el castillo de Blois (1588), pero sucumbió él mismo el año siguiente bajo el puñal del dominico Santiago Clemente. El mismo año, el 24 de abril, Catalina de Mediéis, mujer abominable, terminaba su vida llena de crímenes y cargada de maldiciones.

La corona de Francia le correspondía de derecho a Enrique de Navarra, pero era Hugonote, y uno de los jefes del partido. Los católicos fanáticos, omnipotentes entonces en la capital, le cerraron resueltamente las puertas, y le pusieron en la necesidad de conquistar su reino. Para llegar a sus fines, juzgó que el medio más seguro era realizar una idea, con la que desde mucho tiempo se había familiarizado: la idea de abjurar la fe protestante; lo que justificó con una de esas salidas gasconas a que tan aficionado era: "¡Cáspita! París bien vale una misa!" Y así fue como el hijo de la piadosa y valiente Juana d'Albret, reina de Navarra[1], que hubiera preferido arrojar al mar la corona de Francia antes que ver a su hijo en misa, apostató en la Iglesia de San Dionisio, donde declaró que reconocía a la Iglesia católica, apostólica y romana como la única verdadera. Esta conversión sumió a todos los cristianos evangélicos, lo mismo de Francia que del extranjero, en una profunda consternación y en un inmenso dolor.

En cuanto al rey, sus convicciones, o mejor dicho, sus opiniones religiosas, no habían cambiado. Prueba de ello es la publicación del edicto de Nantes en 1598, por el cual autorizaba a sus antiguos correligionarios a celebrar su culto con toda libertad. Esperaba consolidar así la paz del reino reconciliando los partidos, pero se engañaba. La alianza de los católicos fanáticos, llamada la "Liga Santa", no se había desarmado, y ella fue la que, empujada por los jesuitas, puso en la mano del asesino Ravaillac el puñal que hirió al monarca que había faltado al deber y al honor (14 de marzo de 1610).

Siguiéronse nuevas guerras civiles. Los sucesores de Enrique IV fueron los más crueles perseguidores del Evangelio, y así cavaron la fosa en la que la Revolución precipitó su trono. "El principio de la sabiduría es el temor de Dios (no la prudencia de los hombres de Estado). Todos los que a ese temor se someten son sabios, y su alabanza perdura eternamente."

---

[1] Esta ilustre reina, una de las mujeres más distinguidas de su tiempo, tanto por su celebrada belleza, como por oí talento preclaro que todos le reconocieron, era también evangélica de corazón. Supo defender con valentía sin igual los derechos de su pequeño, pero bien dirigido reino, contra todas las tenebrosas maquinaciones del Papa y de Felipe II, sus terribles enemigos por causa de religión, e hizo de él un seguro asilo para los reformados de Francia. Fue decidida protectora de las ciencias y de las artes, y encargó al célebre Juan Lizárraga, el más ilustrado Pastor de aquella época, la traducción del Nuevo Testamento en vascuence, de la que todavía puede verse un ejemplar en la Biblioteca Nacional.
Lástima grande que aquella Navarra que tanto se honró con el justo y sabio reinado de Juana d'Albret, haya venido a parar en un vergonzoso feudo del jesuitismo!

II

LAS DRAGONADAS

El edicto de Nantes había procurado un tiempo de reposo y hasta de relativa libertad a la Iglesia evangélica de Francia, tan largo tiempo oprimida y perseguida. Verdad es que de las dos mil comunidades que existían antes de la última guerra civil, no quedaban más que setecientas sesenta; tanto habían reducido su número las luchas y persecuciones de treinta años; mas, gracias a los sesenta años de paz que sobrevinieron, fuéronse multiplicando poco a poco. El celo por extender el Evangelio no era tan ardiente como en los tiempos precedentes; con todo, quedábanles aún a los evangélicos pastores fieles y los miembros de las comunidades existentes se distinguían de tal modo, por su trabajo y sobriedad, por su honradez y espíritu emprendedor, que la prosperidad de que disfrutó Francia en el siglo diez y siete debe atribuirse en gran parte a los Hugonotes. La administración de los caudales públicos les era confiada a ellos con preferencia a los demás, a causa de su probidad proverbial. Estaban a la cabeza de las industrias francesas, como la preparación del hierro, del cuero, del tejido de la seda y de la lana, y la fabricación del vidrio, Asimismo, el comercio, tan extendido de Francia con Holanda e Inglaterra, estaba en su mayor parte en sus manos.

Desgraciadamente, a causa de este aumento de bienestar, muchos se entibiaron en la profesión del Evangelio, y no se hallaban en estado de soportar con la abnegación y firmeza de sus padres las nuevas persecuciones que estallaron en 1670. Preciso es añadir que en los primeros tiempos de su reinado, Luís XIV fue favorable a los Hugonotes, cuya fidelidad le había sostenido en momentos difíciles. A ellos debió la corte la victoria sobre sus adversarios en las revueltas de la fronda. Conde, el jefe de los descontentos, que ambicionaba la corona para sí, les hizo las ofertas más seductoras si querían juntarse con él, lo que hubiera puesto a la corte en crítica situación. Los Hugonotes rehusaron, y se declararon por el rey. Esta fidelidad les mereció las alabanzas de un alto funcionario, que dijo: "Cuando la corona bamboleaba en la cabeza del rey, la sujetaron los Hugonotes." El rey mismo prometió al Elector de Brandeburgo que protegería a sus correligionarios, no sólo por amor a la justicia, sino también a causa de su obediencia y de su celo por el servicio del rey.

Pero a medida que el orgullo y el espíritu de dominación crecieron en el alma de Luís XIV, se le hizo insoportable la idea de que había en su reino un partido que tachaba a su religión de errónea y pretendía estar él solo en posesión de la verdad. Esta disposición estaba corroborada por la asidua presión y las excitaciones del clero católico contra los Hugonotes, por las instancias de su confesor el Padre La Chaíse, que le inducía a exterminar los herejes para borrar los pecados de una vida inmoral, y, en fin, por la influencia de la famosa madame de Maintenon, con la que se casó secretamente, y que había renunciado olla misma por ambición a la fe de su juventud.

Primeramente se empleó la persuasión y la seducción. El célebre Bossuet echó mano de toda su elocuencia y de toda su habilidad para probar en su Demostración de la fe católica que la doctrina reformada sólo se apartaba de la doctrina romana en cuestiones accesorias, y que, por consiguiente, el cambio de religión carecía de importancia.

Muchos se dejaron seducir. El ilustre mariscal Turena, que había ganado tantas victorias en Holanda y en las regiones del Rhin, consideraba la conversión como un acto de obediencia militar. Poco después, una bala de cañón le arrebató la vida, en el apogeo de sus triunfos; su ejemplo había movido a muchos oficiales a hacer lo mismo. Una gran parte de la nobleza evangélica, corrompida por la vida voluptuosa de la corte, prefirió la moral relajada de la Iglesia

romana, que prometía la fácil absolución en el confesionario, más bien que la severa disciplina de los Reformados. En estas condiciones, teniendo de una parte, la desgracia del monarca, y de otra, las manifestaciones de su favor, la elección no podía ser dudosa. Ofrecíanse abundantes socorros en metálico a los Hugonotes pobres; a los que habían abjurado, se les confiaban empleos lucrativos y toda clase de ventajas; el rey llegó a fundar una "caja de conversión", y la había dotado tan espléndidamente, que el renegado Pelisson había erigido en sistema venta de almas y había establecido una tasa para cada categoría de individuos según su clase social y su renta. Pero si logró atraerse, por el brillo del oro, miles de indiferentes y de espíritus vacilantes, todos sus esfuerzos se estrellaron contra la firmeza de los campesinos sinceros y piadosos que formaban el núcleo de las comunidades protestantes. Lo que no podía hacer la seducción, habíalo de lograr en adelante la fuerza bruta. El cruel ministro de la Guerra, Louvois, que anteriormente había ordenado a sangre fría la devastación de las fértiles campiñas del Palatinado y el incendio de sus principales ciudades, como Worms, Espira, Heidelberg, lanzó sus bandas de asesinos e incendiarios sobre los Hugonotes fieles a su fe. Estando los vecinos en la más profunda paz, he aquí que regimientos de dragones inundaban los pueblos y ciudades, desnudo el sable y gritando: “¡Sus a los Hugonotes! ¡Sus a los Calvinistas!" Penetraban por cuadrillas en las casas, rompían los muebles, se emborrachaban con el vino que hallaban, maltrataban a los hombres, ultrajaban a casadas y solteras. Acompañábanles sacerdotes y frailes gritando: "El rey ordena robar y saquear a estos perros de Hugonotes." Ni la edad, ni la condición, ni el sexo, protegían contra su furor. La marquesa de Sabonieres, que estaba a punto de dar a luz, fue expulsada de su casa; refugiándose en casa de su hermana, pero en vano; fue arrojada de este asilo, y tuvo que resignarse a pasar con el recién nacido una fría noche de invierno en medio de la carretera, hasta que una piadosa mujer la recibió en su casa. Su esposo, que rehusaba convertirse al papismo, fue arrastrado de prisión en prisión, y sus cinco hijos jovencitos se los arrancaron y los obligaron a recibir una educación católica.

Los soldados, cual bestias feroces, se hacían más y más ingeniosos en su crueldad. Compañías enteras invadían las casas de los ricos, y devoraban o destruían en pocos días las provisiones de un año.

El palo, el sable, el agua, el fuego, todo les servía para atormentar a sus víctimas. Arrancaban los vestidos a las mujeres, y las golpeaban hasta romperles las costillas y llenar sus espaldas de heridas sangrientas. Laceraban a golpes de sable el rostro de los jóvenes y derramaban vinagre en las llagas. Un día arrojaron por tierra a un labrador llamado Charpentier, y le introdujeron agua en la boca por medio de un embudo, conminándolo para que abjurase de su fe. A cada negativa suya, le echaban un nuevo chorro de líquido, hasta que el infeliz murió ahogado entre sus manos. Una viuda noble fue sumergida hasta el cuello en un pozo de agua helada, y después, atada medio desnuda a una estufa candente.

Las crueldades iban acompañadas a menudo de burlas degradantes; así, unos soldados apresaron un día a un anciano, llamado Pasquet; lo despojaron de iodos sus vestidos, lo envolvieron en pañales, lo metieron en una cuna y le hicieron tragar un caldo tan caliente, que el desgraciado murió; los pañales le sirvieron de sudario. Se impedía a las madres dar el pecho a sus niños, durante horas y días enteros, hasta que, vencidas por los gritos de aquellas criaturitas que se morían de inanición, prometían hacerse católicas. A veces, los hombres que se negaban a ir a misa eran conducidos a ella atados a la cola de los caballos.

Imposible es describir todas las crueldades y torturas que estos demonios en carne humana inventaban para ejecutarlas en sus víctimas. El populacho de las grandes ciudades se aprovechaba de estas ocasiones para penetrar en las casas de los Hugonotes, robar impunemente y destruir lo que no se podían llevar.

Sobre todo, trabajaban para pervertir a los niños. Los inducían a entrar en la Iglesia católica, con promesas y buenas palabras; y cuando no bastaban estos medios, los forzaban a ello, azotándolos hasta derramar sangre. En Orange, un jovencito de trece años fue tan bárbaramente flagelado, que el mismo verdugo no pudo contener las lágrimas, viendo la firmeza con que este niño confesaba su fe. Si alguna vez intentaban los Hugonotes resistir a sus perseguidores, eran en seguida ejecutados por los soldados. Así, el pastor Honnel, de setenta y un años de edad, fue condenado a morir atado a una rueda. Estando en el suplicio exclamaba: "Durante cuarenta y tres años, no he enseñado más que la Sagrada Escritura, y yo os exhorto, hermanos míos, a que jamás la abandonéis. Mis sufrimientos son horribles; pero si mil vidas tuviera, otras tantas gustoso sacrificara por el amor de mi Señor que sufrió por mí en la cruz." El verdugo le sujetó a la rueda y le rompió el brazo derecho de un golpe de maza, exclamando: "¿Quieres predicar aún?" — "Señor, Dios mío, ten piedad de mí —exclamó el mártir; — dame fuerzas para sufrir mis dolores. Tú me la concederás." Y el Señor se la otorgó; pues durante cinco horas le quebrantaron todos los huesos uno tras otro, y no se le escapó ni una queja de su boca.

A fin de privar a estos desgraciados de los divinos consuelos y de la edificación en común, les quitaron sus templos en muchos lugares. En la sola provincia de Poitou fueron destruidas el mismo año más de veinte iglesias. Por su parte, la legislación no desplegaba menos crueldad para hacer imposible a los Hugonotes la estancia en Francia. Suprimiéronles las escuelas y los seminarios. Fueron excluidos de todas las funciones públicas, no podían ser ni notarios, ni médicos, ni boticarios; hasta se prohibió a las comadronas hugonotes, ejercer su profesión. En tales condiciones, los evangélicos, arrojados de todas partes, oprimidos y maltratados, emigraban por centenares y por millares, y se refugiaban en el extranjero, donde, al menos, podían servir a Dios libremente. Pero ¡ay!, muchos otros, a quienes parecía demasiado duro este sacrificio, se decidían a ocultar y aun abandonar su fe momentáneamente. Las dragonadas inspiraban tal terror a las poblaciones pacíficas, que, en muchos pueblos y ciudades, la sola aparición de estos misioneros con botas y espuelas, bastaba para que la mayor parte de los habitantes fuesen a misa.

Con todo, eran muy frecuentes los ejemplos de una firmeza inquebrantable. Los protestantes que habían quedado fieles, se reunían sobre las ruinas de sus templos, y aunque expuestos a ser arrojados en prisión como rebeldes y sediciosos, escuchaban allí con piadosa atención la palabra de Dios, que los colmaba de fuerza y de consuelo.

Débiles doncellas avergonzaron más de una vez a los hombres por su heroico valor. Entre ellas se distingue la joven Blanca Gamont, de diez y seis años. Fue encerrada con sus compañeras de sufrimientos en el hospital de Valence, el más horrible de todos los lugares donde eran aprisionados los cristianos evangélicos. Esperábase aburrirlos haciéndoles sufrir hambre y frío, y obligándolos a los trabajos más degradantes. Tenía este hospital por administrador al famoso Herapine, que por su crueldad se parecía a los jesuitas, así como éstos se parecían a los dragones. "Maldita raza de víboras — les gritaba —, yo me encargo de domaros a vergajazos. Yo sé bien mi oficio. A los más testarudos los sepulto en un calabozo, donde los dejaré morir lentamente de hambre, no dándoles más que un poco de pan y agua. Al cabo de treinta o cuarenta días, o habréis cambiado o habréis reventado. Eso lo sabemos muy bien, porque ya hemos hecho la prueba."

Algunos días después de haber oído este elocuente discurso, Blanca Gamont fue conducida a la cocina del hospital, donde se hallaban seis muchachas, teniendo cada una en las manos un manojo de varas de fresno, de un metro de largo. La ataron a un poste, desnuda hasta la cintura, y fue horrorosamente azotada; mientras que una de estas furias gritaba: "Reza ahora a tu Dios". "En este momento — escribe ella — fue cuando experimenté el mayor consuelo que pudiera recibir en mi vida, pues que tuve el honor de ser azotada por el nombre de Cristo, y de verme colmada de sus gracias y consuelos. Por más que decían: "Redoblemos los golpes, que no

dice nada ni llora", ¿cómo hubiera yo llorado? Yo estaba abismada dentro de mí misma. Al fin, mis pies no pudieron sostenerme, puesto que estaba desfallecida, de modo que quedé colgada de los brazos, y viéndome que estaba medio acostada en tierra, me desataron para golpearme con más facilidad. Me hicieron poner de rodillas en medio de la cocina, y allí acabaron de romper sus varas sobre mis espaldas, hasta que la sangre corría de ellas. No pude menos de caer sobre mi rostro, y exclamé: "¡Dios mío, Dios mío, misericordia de mí, pobre afligida!" Entonces se acercaron a mí dos de ellas y me vistieron, diciendo: "Si no cambias, mañana tendrás otro tanto." Yo les respondí: "Cambiaré, sí, de la tierra al cielo; pero de religión, jamás en mi vida." Dios concedió a esta jovencita la fuerza de soportar sus sufrimientos hasta el punto de cansar a sus perseguidores.

Al mismo tiempo que se perpetraban tales horrores e infamias en nombre de la religión de Jesús, llenando a Francia de lágrimas y lamentos, los obispos y arzobispos tenían la audacia de invitar con dulzura hipócrita a los Reformados a entrar en el seno de la santa madre Iglesia. "Vuestra madre que habéis abandonado —decían— derrama lágrimas amargas porque despreciáis su ternura y desgarráis su corazón. ¡Así como la gallina reúne sus polluelos bajo sus alas, así desea ella reuniros en su regazo, y está resuelta a sufrirlo todo por vosotros, hasta que Jesucristo haya resucitado realmente en vuestros corazones!"

Al oír semejantes palabras no se puede menos de pensar en el aviso del Maestro, relativo a los falsos profetas que vienen a vosotros con piel de ovejas, pero que por dentro son lobos rapaces. Y de hecho, en la conclusión de esta carta pastoral de tan santas apariencias "asomaban las uñas del lobo." "Si rechazáis nuestro ruego — decían, — se os preparan males y sufrimientos mucho más terribles que aquellos que vuestra herejía y rebelión han atraído sobre vosotros hasta el presente." Esta amenaza, que era la única verdad de este tejido de mentiras, no había de tardar, ¡ay!, en tener cumplida realización.

III

LA REVOCACIÓN DEL EDICTO DE NANTES Y LA EMIGRACIÓN

Todas las infamias y crueldades que han adquirido tan triste celebridad con el nombre de dragonadas, se cometieron mientras el Edicto de Nantes estaba en vigor y constituía una de las leyes fundamentales e irrevocables en Francia. Durante todo este tiempo, los Hugonotes conservaron la esperanza de que se apaciguaría el furor de sus perseguidores y que les dejarían entrar en la posesión de sus derechos. Esta esperanza les fue arrebatada por la revocación del Edicto de Nantes, firmada por Luís XIV, en Versalles, el año 1685, en una sesión solemne del Parlamento y rodeado de toda la pompa de su poder autocrático. En virtud de este acto, quedaba severamente prohibido a los Reformados celebrar su culto o tener reuniones religiosas. Debían cerrarse o demolerse todos sus templos. Suprimíanse todas sus escuelas, y sus hijos estaban obligados a recibir su instrucción religiosa de los sacerdotes. A los pastores so les ponía en la alternativa de abjurar o de abandonar el país en el término de quince días, bajo pena de muerte. En cambio, prohibíase expresamente a los laicos emigrar, bajo pena de galeras y de la perdida de sus bienes. A los que habían huido se les intimaba a que regresaran en el término de cuatro meses, y de no hacerlo así, procederíase a la confiscación de sus bienes.

En cuanto a los relapsos, es decir, aquellos que a causa de las persecuciones y dragonadas habían sido forzados a asistir a misa, pero que seguían leyendo todavía la Biblia en sus casas, se les amenazaba con las penas severas, como la cárcel, las galeras y la pérdida de sus bienes. Se les quitaba los hijos y se los encerraba en los conventos para que allí recibieran la instrucción.

Pero el más infame de los artículos de este edicto, conocido con el nombre de "Edicto de Versalles", era el último. Este artículo hipócrita permitía a los Reformados "que Dios no había traído aún a la verdad", quedar con toda seguridad en su país y entregarse a sus negocios pero a condición de abstenerse de toda asamblea de culto. Esta seguridad no era más que un lazo para impedir la emigración de los Hugonotes, sobre todo de los ricos, a fin de que, merced a las persecuciones de las dragonadas y a la privación absoluta de los auxilios religiosos, llegaran a ser más seguramente la presa de la Iglesia romana.

No hay duda que tal era la intención del rey, pues en la carta que Louvois dirigió el mismo día a los magistrados del reino les decía: "Su Majestad ordena que se emplee la más grande severidad para con los locos que mirasen como una gloria el ser los últimos en renegar su religión y que se les apliquen las más rigurosas medidas."

El terrible Edicto de Versalles fue inmediatamente puesto en ejecución con severidad cruel. Más de 700 fieles pastores fueron obligados a abandonar sus casas, sus templos, sus rebaños, para tomar el camino del destierro. Hasta los ancianos llegados ya al borde de la tumba tuvieron que someterse a las fatigas de la emigración. Impedíase que sus mujeres e hijos les siguiesen, a fin de obligar a los hombres a renunciar a su fe. A otros se les rehusaban los pasaportes, y así, viéndose en la imposibilidad de trasponer la frontera, viajaban durante la noche, y durante el día se ocultaban en los bosques.

Los templos fueron destruidos por doquiera. Donde parecían lentas el hacha y la piqueta, se prendía fuego a los edificios; de manera que al cabo de algunos meses no existía ya ni una iglesia protestante en todo el país. La predicación y el canto de los salmos quedaban sofocados; los predicadores eran arrojados del país, y los rebaños dispersados. El clero católico-romano triunfaba: "Esta Reforma abominable, a la que se hacía la guerra desde más de ciento cincuenta años, estaba al fin radicalmente extirpada."

Se celebró entonces la gloria de Luís XIV con pomposos panegíricos y magníficas medallas. Se le llamaba nuevo Constantino, segundo Carlomagno, que había aplastado la cabeza del dragón de la herejía y de la seducción. El Rey mismo, envanecido con estas adulaciones, consideraba la revocación del Edicto de Nantes como el acto más glorioso de su reinado, y pretendía haber proporcionado por este medio la paz a su reino y asegurado su trono. ¡Ilusión lamentable! Desde este momento comenzó a declinar la prosperidad de Francia, Esta decadencia se sintió primero en el interior, en su estado moral; después en el exterior, por la debilitación de su poder y de su prestigio, hasta la terrible revolución del 89, en la que Luís XVI pagó con su cabeza los actos de violencia de sus predecesores. "Los molinos de Dios muelen lentamente, pero muelen admirablemente".

Por añadidura, la mano de Dios descargó también sobre el orgullo del mismo déspota, pues la fortuna de la guerra abandonó sus ejércitos; fue triste y solitaria su vejez, y tuvo que ver a hijos y nietos bajar prematuramente al sepulcro. Su reino se vio cada vez más empobrecido por el hambre y la emigración, y bajo el peso enorme de una deuda de casi mil millones de francos.

En vano había prohibido el tirano la emigración, bajo las penas más severas; en vano había prometido a los delatores por precio de su traición la mitad de los bienes de los fugitivos; en vano hacía guardar las fronteras por una cadena de soldados que cercaban el país; nada era capaz de contener el torrente de la emigración. Los Hugonotes que habían quedado fieles al Evangelio, quisieron encontrar a cualquier precio un lugar en el que pudieran servir a Dios según

su fe y su conciencia. Para lograr su propósito, atravesaron las nieves del Jura, las selvas espesas de los Vosgos, los sombríos desfiladeros de las Ardenas, y confiaron su suerte a las olas. No los asustaba ni la oscuridad de las noches, ni la densidad de la niebla, ni el furor de los temporales de nieve, al contrario, estos accidentes los aprovecharon y les facilitaron el paso de las fronteras. Señoras ricas se disfrazaban de labradoras o de criadas; hombres nobles se hacían tratantes en ganado o criados; otros hacíanse transportar en fardos de mercancías o en toneles vacíos para escapar a la vigilancia de los guarda-fronteras.

No se pueden contar por cientos ni por miles, sino por cientos de miles, los que abandonaron el país y los amigos, a ejemplo de Abraham, para obedecer a la voluntad de Dios sin saber dónde encontrarían una nueva patria. Campiñas enteras al Sur y al Norte de Francia estaban desiertas; las ciudades vacías, los campos abandonados; ciudades que antes florecían por su comercio e industria, arruinadas; los hábiles tejedores de seda, los activos obreros, los arriesgados comerciantes, las habían abandonado.

En dos meses (Agosto y Septiembre de 1687), las solas fronteras de Suiza fueron franqueadas por 11.000 emigrantes. Lo mismo aconteció en Inglaterra; la ciudad de Londres recibió primero 18.000 y más tarde 27.000, a los cuales proveyó de los medios de existencia. El número de obreros franceses que se refugió más allá de la Mancha se ha calculado en 70.000. Un número igual o acaso más considerable, buscaron un asilo en Holanda y en los Estados alemanes del Rhin. En todas partes fueron recibidos con los brazos abiertos y recibieron eficaces socorros.

Según cálculos exactos, los dos cantones de Ginebra y de Berna gastaron cerca de 10,000.000 de florines de los caudales públicos en favor de sus correligionarios oprimidos, sin contar los socorros concedidos por los particulares que recibieron a los desgraciados fugitivos en sus casas. Hicieron sacrificios casi sobrehumanos, y no tuvieron miedo alguno al omnipotente rey de Francia, que los amenazaba con su cólera.

Entre los que demostraron un ardiente interés a los refugiados franceses se distinguió el noble Elector de Brandeburgo, Federico-Guillermo. Al edicto de Versalles contestó él con el edicto de Potsdam, que concedía a los Reformados franceses una simpática hospitalidad en todos sus Estados; los autorizaba a construir iglesias y escuelas, a administrar sus comunidades según las costumbres de sus padres; les concedía ricos subsidios para su primera instalación y les prometía la exención de los impuestos. El noble príncipe hizo más: quiso, teniendo a su lado a la princesa, su esposa, recibir él mismo solemnemente en Potsdam a sus valientes correligionarios, desearles una amigable bienvenida y renovarles como a súbditos suyos muy amados la seguridad de su solicitud y de su protección. Y el día en que una comisión de los recién llegados depositó a sus pies la expresión del reconocimiento que embargaba sus corazones, le pareció el más hermoso de su vida.

Cuando un día le hicieron presente sus consejeros que la caja del Estado se hallaba vacía y que los gastos ocasionados por los socorros concedidos a los emigrados sobrepujaban los recursos del Principado, dióles esta magnífica respuesta: "Yo venderé mis alhajas antes que dejar en la miseria a estos desgraciados fugitivos".

La bendición de Dios no podía tardar en venir a ser la recompensa de tan bella acción. Los tesoros de piedad, de moralidad y de fidelidad al soberano que los emigrados llevaron a aquel país fueron inapreciables: de sus filas salieron valientes generales, hábiles hombres de Estado, sabios distinguidos y mujeres nobilísimas. Pueden hasta palparse las ventajas que su celo y su habilidad, en toda clase de oficios, procuraron a los Estados prusianos. Los tejidos de preciosas telas de terciopelo y de seda, la transformación de trapos en papel, la fabricación de ricas tapicerías, el trabajo de bisutería en oro y plata ejecutado por hábiles artistas, el cultivo de las frutas y de los jardines tan desarrollado en Francia; tales fueron en parte las artes que los nuevos

habitantes introdujeron en su patria adoptiva. A ellos debe igualmente Suiza la prosperidad de sus fábricas de relojes, tan famosas en el mundo entero.

Cientos de miles habían abandonado su país, pero un número todavía mayor había quedado en él, sea porque la fuga les hubiera sido imposible sea porque el apartamiento de su patria les hubiera parecido demasiado penoso. Los pastores desterrados se esforzaban en fortalecer, consolar y afianzar en la fe a sus rebaños abandonados; pero lo hacían por cartas, puesto que el regreso les estaba prohibido bajo pena de muerte.

Sin embargo, no todos tenían la calma suficiente para gozar con tranquilidad del bienestar que tenían en su pacífico refugio del extranjero. El valiente Brousson, entre otros, creía estar oyendo noche y día los gemidos de sus correligionarios presos y oprimidos, y estas angustias le produjeron una enfermedad que puso en peligro su vida. De pronto se levantó del lecho j su resolución estaba tomada. "Yo entraré en Francia, dijo, y llevaré el consuelo y el alivio a mis hermanos que gimen bajo la opresión".

En vano le conjuraba su mujer, hincada de rodillas delante de él, a que renunciase a su proyecto. "Vas, le decía ella, a una muerte segura; piensa en tus hijos". En vano sus amigos le repetían las mismas advertencias; quedó inquebrantable. Pasó secretamente la frontera, atravesó, protegido por diversos disfraces, las provincias meridionales de Francia para reanimar a sus hermanos dispersos y perseguidos; reuníanse éstos en canteras abandonadas, en grutas apartadas, en las selvas, en las cavernas de las montañas, alrededor de su pastor, que se les aparecía como un ángel del cielo. Brousson les predicaba, los consolaba, los exhortaba a soportar sus sufrimientos con firmeza, sin apelar jamás a la rebelión.

A favor de la noche, acudían de muchas leguas para asistir a estas reuniones. Padres había que recorrían grandes distancias para hacer bautizar a sus hijos por él. Los fieles se apiñaban alrededor de la mesa del Señor para recibir la Santa Cena bajo la bóveda del cielo estrellado. Tales fueron los comienzos de esta Iglesia del desierto, que logró conservarse durante un siglo, a pesar de todos los ataques dirigidos contra ella, y conservó a su patria el Evangelio para tiempos más favorables.

El Gobierno había prometido una recompensa de 500 escudos de oro a cualquiera que le llevase la cabeza del valiente pastor. Hacíale perseguir como a un criminal por gendarmes y soldados. Brousson, por su parte, pronunciaba en el desierto valientes arengas contra su proscripción, y predecía que un Estado que usaba de semejantes violencias había de perecer ciertamente de una manera violenta. A esto se respondía redoblando las persecuciones, pero le protegía la mano de Dios. Más de una vez escapó como por milagro, de sus perseguidores. Un día, la casa en que debía pasar la noche fue súbitamente rodeada por los soldados. Brousson bajó a una cisterna seca, en cuyo fondo había una excavación. Un soldado bajó allí, ayudado por sus camaradas, e iba ya a llegar al fondo, cuando se sintió sobrecogido por un temblor glacial, y gritó a sus compañeros que lo retiraran de allí. Durante el invierno, en medio de los bosques de los Cevenas, podía el fiel pastor estar semanas enteras en relativa seguridad, y así consolar y restaurar al pobre pueblo de Dios. Escribía a su esposa: “No tenía antes iglesia, y ahora tengo un gran número de ellas; me creo infinitamente más dichoso que si estuviera establecido en la mejor iglesia de Holanda". Las fatigas y privaciones que tuvo que sufrir en sus continuas peregrinaciones, le obligaron más de una vez a buscar el reposo en el seno de su familia. Sin embargo, volvió a entrar dos veces en Francia para continuar también en las provincias del Norte, con un celo enteramente apostólico, su actividad benéfica. Trabajó así muchos años, hasta que, traicionado por un miserable renegado, cayó en manos de sus enemigos el año 1698. Cuando el denunciante se presentó al gobernador de la provincia para recibir el salario de su traición, éste le dijo indignado: "Miserable, ¿no te avergüenzas de mirar a los hombres, tú que traficas con su

sangre? Retírate, que me es insoportable tu presencia". Brousson fue condenado a la tortura ordinaria y a la extraordinaria, y después a ser descoyuntado vivo en la rueda, y atado después de muerto en el palo de los malhechores. Subió con paso firme las escaleras del cadalso, y se disponía a hablar cuando un redoble de tambores ahogó su voz. Entonces se arrodilló, encomendó su alma a Dios, y entregó su cuerpo al verdugo. "Por cierto, dijo éste más tarde, que murió como un santo; yo hubiera preferido huir mil veces, si me hubiera sido posible, antes que hacer morir a un hombre tan de bien".

IV

LA GUERRA DE LOS CEVENAS

"Si éstos callaren, las piedras clamarán", dijo el Señor a los fariseos que querían impedir a la muchedumbre que alabase su nombre glorioso. Cuando los verdaderos predicadores del Evangelio fueron reducidos al silencio por el destierro, por los calabozos y los cadalsos, los valles de los Cevenas y los desfiladeros del Delfinado comenzaron a oír las predicaciones de los pastores y de los campesinos.

Un anciano Hugonote, el gentilhombre Du Serré, cuyo celo había sido inflamado por las persecuciones, reunió en su casa, sobre la montaña de Peyrat, en el departamento del Drome, algunos pastores del Delfinado, a los cuales leía y predicaba las Escrituras, durante las largas veladas del invierno, para fortalecerlos en el camino de Dios durante las persecuciones. Mostrábales cómo el Apocalipsis de San Juan habla ya "de la gran Babilonia, de aquella ramera, sentada sobre siete colinas, que tiene poder sobre los Reyes de la tierra, y que está embriagada con la sangre de los Santos y de los testigos del Señor". Y estos hijos, que Roma, sedienta de sangre, había arrebatado a los padres, esperaban con febril impaciencia el día del juicio, y oían ya en espíritu la voz del ángel que decía: "Ya cayó la gran Babilonia, y ha venido a ser guarida de demonios". Desde la cumbre de la montaña, desde la que se divisaban todas las llanuras del Languedoc y del Delfinado, el anciano Du Serré les mostraba las iglesias destruidas y los rebaños dispersos; hablábales de la opresión de los creyentes, les pintaba el lamentable estado de los que habían abandonado su fe, y recordándoles el ejemplo de su Maestro, los enviaba a reunir a los hijos de Dios dispersos, a fortalecer a los débiles, y anunciar a los apostatas los castigos y la ira de Dios.

Y estos jóvenes, hijos de profetas, recorrían con audacia inaudita las ciudades y las campiñas, y con sus inspirados discursos, con sus revelaciones y visiones, con sus represiones enérgicas, con sus magníficas predicciones de una próxima liberación, excitaban por todas partes un nuevo celo, levantaban los ánimos decaídos y reanimaban las esperanzas entibiadas.

Inútilmente intentó la policía reprimir este poderoso movimiento. Aquellos hombres inspirados se reían de las torturas y de los más horribles suplicios. Por cada profeta muerto, se levantaban otros diez, y cuanto más se empeñaban los soldados por dispersar las reuniones, más numerosas eran éstas. Los creyentes se multiplicaban a medida que se llenaban las cárceles. Los indiferentes, los renegados, imploraban con lágrimas el perdón de sus pecados y su reintegración en la comunión de sus hermanos. Aumentaba de día en día el número de los inspirados, y hasta niños que se veían poseídos del Espíritu en medio de las asambleas, tenían visiones y caían en

éxtasis. Las Iglesias, entusiasmadas con estas manifestaciones, veían en ellas el cumplimiento literal de esta palabra de Cristo: "De la boca de los niños y de los que maman perfeccionaste la alabanza."

Los sacerdotes veían con profunda cólera que sus esfuerzos se paralizaban y que se les frustraban los triunfos y éxitos que habían soñado. Ordenaron nuevas persecuciones y más refinadas torturas, con la esperanza de sofocar las inspiraciones y de impedir las apostasías. El arcipreste Chaila se distinguía entre todos por sus infatigables esfuerzos para inventar nuevos tormentos, sobre todo para los relapsos que le habían sido confiados. Hacía que les apretasen los pies en el cepo, de suerte que no pudieran ni acostarse ni sentarse; arrancábales uno a uno los pelos de la barba y de las cejas, se les envolvían en lana empapada en aceite, a la que prendían fuego; se abrasaban sus carnes, y las desgraciadas víctimas llenaban el aire de gritos y gemidos.

En Julio de 1701, una tropa de Cevenols se dirigía hacia Ginebra, a fin de escapar a las persecuciones de este monstruo con cara humana; mas fueron detenidos y entregados a ese sacerdote sanguinario. Sus parientes y amigos determinaron librarlos por la fuerza, si era preciso, de las garras del tirano. Inflamados por los discursos de sus profetas, armados de hachas y tenazas, se precipitaron durante la noche sobre la casa fortificada del cura; la tomaron por asalto después de una violenta resistencia, y libraron los prisioneros encerrados en calabozos subterráneos. Mas el aspecto de aquellos hombres horriblemente martirizados, los llenó de tal furor, que dieron muerte al sacerdote y prendieron fuego a la casa. Las llamas de este incendio fueron la señal del levantamiento en todos los contornos. Los Cevenols, viendo avanzar las tropas que iban a castigar la insurrección, se lanzaron contra ellas con intrépido valor, entonando su canto de guerra:

Aparezca Dios aquí
Con su brazo omnipotente,
Y al punto cobardemente
El enemigo huirá,

Y su ejército confuso,
Lleno de terror y espanto,
A la vista del Dios Santo
Sin falta se deshará.

Como una espesa humareda
Veremos su campamento
Desvanecerse al momento
Sin que quede ni un rumor;

Y del modo que la cera
Se derrite con el fuego,
El perverso será luego
Deshecho por el Señor.

Nuevas tropas reales vinieron a juntarse a las primeras, pero las montañas y selvas de los Cevenas servían de trincheras y fortalezas naturales a sus habitantes. Los amotinados, con poca disciplina y con malas armas, fueron vencidos con frecuencia, pero siempre se volvían a juntar.

Como conocían perfectamente cada paso, cada sendero, atraían frecuentemente los soldados a emboscadas, de las que sólo conseguían escapar muy pocos.

Esta guerra de los Camiseros duró diez años, de 1700 a 1710, y durante diez años, salvo algunas interrupciones, estos pastores y campesinos defendieron su fe y su libertad contra los ejércitos victoriosos de Luís XIV, que habían llegado a ser el terror de Europa. Cuando los soldados apresaban a uno de los jefes de los Camiseros, y le martirizaban, sólo servía su martirio para excitarlos a nuevos actos de heroísmo y de venganza.

Uno de ellos, Juan Caballero, se cubrió de gloria de una manera particular. Era un simple pastor montañés, pero muy versado en el conocimiento de las Escrituras, y sobre todo, enemigo acérrimo de las supersticiones romanas; abandonó Ginebra, donde estaba refugiado, y fue a libertar a sus padres, que estaban encerrados en un calabozo; los encontró, pero ¿en qué condiciones? Habían renegado de su fe. El, entonces, animado de su ardiente amor filial y con el celo de un profeta, los reprendió, les rogó, los exhortó, hasta que, arrepentidos y confusos, se decidieron a sufrir todos los martirios antes que perseverar en su apostasía. El joven profeta comunicó de tal manera a sus compatriotas el celo ardiente de que estaba animado, que todos juraron como un solo hombre sufrir y morir por su fe.

De noche, penetraban casi desarmados, ya en una, ya en otra ciudad, para procurarse pólvora y fusiles, y la vista de las cabezas de sus correligionarios decapitados, clavadas en las puntas de los postes, sólo servía para aumentar el desprecio a la muerte.

"Hemos tomado las armas, escribía Caballero a sus amigos, no para atacar, sino para defendernos. Nos han forzado a ello las crueles persecuciones que duran desde veinte años, y que aumentan de día en día. Ya que no nos está permitido servir en paz a nuestro Dios, sino que se nos quiere forzar, contra nuestra conciencia, a postrarnos delante de estatuas de madera o de piedra, preferimos morir con las armas en la mano, antes que caer en la condenación eterna. Dispuestos estamos a deponer las armas, y aun a ponerlas junto con nuestra vida al servicio del rey, tan pronto como se nos conceda la libertad de conciencia, y se devuelva la libertad a nuestros hermanos que gimen en calabozos y en galeras."

Pero el Gobierno, contando con la superioridad de sus fuerzas, no quería retroceder; y como no podía vencer a los Camiseros con las armas, intentó reducirlos por el hambre. Dio orden para que se destruyesen todas las ciudades, pueblos y casas en toda la comarca de los Cevenas; todo el país debía ser devastado, a fin de que los insurrectos no encontrasen en ninguna parte refugio ni abrigo durante el invierno, ni alimento para saciar el hambre. Este plan monstruoso fue ejecutado con no menos monstruosa ferocidad. Los habitantes pacíficos, lo mismo los católicos que los evangélicos, fueron expulsados de sus viviendas, y se redujeron a cenizas 669 pueblos y 608 aldeas y caseríos. De un valle al otro se veían elevarse en el aire llamaradas inmensas.

Con todo, la desesperación del pueblo daba nuevas fuerzas a la insurrección. Muchos Camiseros, empujados por el hambre, descendían a la llanura e invadían sus ricas poblaciones para proveerse de víveres y municiones. Lo que no podía la fuerza, hacíalo la astucia. Vestidos unos Camiseros con los uniformes de los soldados muertos en los combates, se presentaron a las puertas de la ciudad de Sauve, y en nombre del rey pidieron permiso para entrar. Se les abrió las puertas sin recelo, y ellos, sin disparar un tiro, desarmaron a la guarnición y se llevaron ricas provisiones y en grutas subterráneas, establecieron almacenes para los sanos y hospitales para los enfermos y heridos.

Las tribulaciones no hacían otra cosa que estrechar los lazos que unían a los Camiseros unos con otros. Cuanto más violentas eran, más necesidad experimentaban de unirse íntimamente entre sí.

"Nunca había entre nosotros disputas ni calumnias, escribía más tarde Caballero, y todos los bienes eran comunes; no teníamos todos más que un corazón y un alma; habíamos desterrado de nuestra sociedad todo juramento, todo altercado, toda palabra deshonesta; y los ancianos que nosotros mismos habíamos elegido velaban por el buen orden, por la disciplina y por el buen comportamiento." Todos los domingos, y a veces también durante la semana, celebrábase el servicio divino en las selvas, en los desfiladeros, en las cavernas o en valles solitarios, según las circunstancias. Sus valientes jefes eran al mismo tiempo sus predicadores, cuyas inspiradas palabras eran piadosamente escuchadas por las muchedumbres que se apiñaban a su alrededor. Ponían centinelas en las alturas próximas para proteger a la asamblea contra las sorpresas, y más de una vez fueron avisados por las visiones de los profetas del peligro o de la traición que les amenazaba.

En medio de una de estas reuniones, el profeta Clary fue acometido de violentas convulsiones, durante las cuales el Espíritu habló por su boca: "Te aseguro, hijo mío, le dijo, que hay entre vosotros dos hombres que han venido para traicionarnos; mas yo te permito que los descubras y que les eches la mano." Al mismo tiempo, Clary, con los ojos cerrados, fue derecho a un paisano llamado Durand, y puso la mano sobre él. Inmediatamente, Caballero hizo cerrar las puertas para impedir la fuga del otro traidor, el cual no tardó en ser desenmascarado, y se arrojó a los pies del profeta pidiendo gracia; el hambre y la necesidad los habían impulsado a la traición. Caballero les perdonó la vida.

En cambio no tenía piedad con los soldados que habían devastado tan cruelmente sus queridas montañas.

Un día, en un solo combate, aniquiló a un regimiento de tropas escogidas que había sido lanzado en su persecución. Cuando a la distancia de cien pasos hicieron fuego los soldados, los Camiseros se echaron a tierra como un solo hombre; cuando las tropas avanzaban con la bayoneta calada para acabar con los que creían heridos, levantáronse éstos súbitamente e hicieron fuego a su vez de modo que cada golpe derribó a un hombre. Al mismo tiempo, otros, emboscados, los atacaron por la espalda haciendo imposible toda huida, de manera que todos aquellos soldados fueron degollados. Únicamente su jefe pudo escapar gracias a su caballo.

Tamaños desastres obligaron a Luís XIV a enviar al Sur de Francia a uno de sus mejores generales, el mariscal de Villars, con muy amplios poderes. Este hombre prudente reanudó las relaciones con Caballero, le prometió el grado de coronel en el ejército del rey, el perdón para sus compañeros y la libertad de los Camiseros que gemían en prisiones y galeras. El joven jefe ambicioso se dejó seducir junto con una parte de sus tropas; mas luego conoció la perfidia del Gobierno, y se juzgó muy dichoso de poder refugiarse en la libre Suiza.

Su compañero Rolando había resistido valientemente todas las proposiciones que se le habían hecho, pero una odiosa traición acabó con él. Sorprendido en su retiro durante la noche, se defendió con intrepidez; a los tres primeros soldados que se acercaron para prenderlo vivo los derribó de tres tiros de pistola; mas un dragón, furioso por la muerte de sus compañeros, le descerrajó un tiro de fusil a boca de jarro; el valiente campeón de los insurrectos cayó sin lanzar un suspiro.

La pérdida de sus dos jefes sumió a los combatientes en tan grande desaliento, que la mayor parte de ellos depusieron las armas; pero como no cesaban las persecuciones, bastó una chispa para excitar un nuevo incendio. No lejos de los deltas del Ródano, lanza a los aires su masa formidable una torre enorme de aspecto siniestro llamada torre Constanza. Tenía en su cumbre un faro que en otros tiempos servía de señal a los navegantes, y era una de las numerosas prisiones en las que se encerraba a los protestantes. Bajo sus sombrías bóvedas estaban

encarcelados 24 Camiseros. Sus muros, de cinco metros de espesor, que databan de las Cruzadas, parecían hacer imposible toda fuga.

Sin embargo, el infatigable jefe camisero Abraham Mazel, ayudado por sus compañeros de prisión, logró, después de seis meses de trabajo, hacer una abertura suficiente para que por ella pudiera pasar un hombre. Durante una sombría noche de tormenta, 17 de ellos escaparon, descendiendo de una altura de más de cien pies, por una cuerda hecha con las sábanas y mantas de sus camas; burlaron la vigilancia de los centinelas, franquearon dos recintos de la fortificación, atravesaron anchos y profundos pantanos, y consiguieron llegar a sus queridos Cevenas, que distaban más de veinte leguas. Con todo, Mazel no logró reunir, como sus antecesores, cientos y miles de correligionarios bajo la bandera de la libertad; el puñal, el fuego y el cadalso habían hecho demasiados estragos entre los Cevenols. Sin embargo, a menudo vencido, pero nunca desalentado, prosiguió con un puñado de hombres las guerrillas durante muchos años. En 1710, una compañía de Miqueletes .sorprendió, durante la noche, al valiente campeón de la libertad. Defendióse heroicamente, mas al cabo fue preso con una parte de sus tropas; su cabeza fue llevada a Vernoux, centro de sus hazañas, y expuesta y quemada en la hoguera. Pero su recuerdo quedó imborrable en los corazones de aquellos habitantes de las montañas, que desde entonces se sometieron, exteriormente, sí, pero con la desesperación en el alma, al yugo que se les imponía, y quedaron más firmemente abrazados a la fe evangélica.

En efecto; estas luchas atroces, durante las cuales hubo que lamentar también por parte de los evangélicos abusos y aberraciones, fueron una bendición, por cuanto los sufrimientos y la muerte de muchos de estos héroes consiguieron hacer a los supervivientes más fieles al Evangelio.

Pero ¡ay! un silencio de muerte reinaba sobre estos campos, antes tan florecientes, del Mediodía de Francia; ruinas, cenizas y huesos descarnados cubrían el país. Sin embargo, la omnipotencia de Dios y el soplo de su espíritu hicieron florecer una vida nueva en el seno de estas iglesias, mortalmente heridas.

V

ANTONIO COURT, RESTAURADOR DE LA IGLESIA EVANGÉLICA DE FRANCIA.

En 1715, poco antes de su muerte, publicó Luís XIV un edicto, en el que declaraba que la religión protestante había desaparecido del suelo francés; parecía consumada la obra funesta, en la que había trabajado durante cuarenta años, a saber: la extinción de la Iglesia evangélica en su reino. Sus templos estaban derribados, sus predicadores muertos o desterrados, sus comunidades dispersas, arruinadas y sumidas en una triste desesperación.

Y sin embargo, la palabra orgullosa del soberbio potentado no era más que una vana ilusión o más bien una gran mentira. Dios se había reservado más de 7.000 hombres y aun más de 70.000 que no habían doblado la rodilla delante de Baal, y que sobrevivieron a las persecuciones. Había ya suscitado el hombre que debía encargarse de reunir de nuevo a los creyentes aislados y dispersos, para formar con estos elementos esparcidos comunidades sólidas, unidas entre sí por una organización eclesiástica bien reglamentada, a fin de anular las inicuas medidas que se les

habían aplicado. Este hombre era Antonio Court, al cual, con razón, se ha dado el hermoso título de reformador de la Iglesia evangélica de Francia.

Sus padres, simples campesinos del Languedoc, pero lectores asiduos de la Biblia, habían consagrado ya a su hijo al servicio de Dios antes de su nacimiento, que tuvo efecto el 17 de Mayo de 1696. Este voto era un amistoso acto de fe cristiana en un tiempo en que las persecuciones se cebaban con furor, y en que los pastores terminaban su vida en el destierro o en el cadalso. A consecuencia de la muerte prematura del padre, que dejó a la viuda con tres hijos y casi desprovista de medios de existencia, parecía imposible realizar el proyecto. Con todo, la piadosa madre supo inspirar a sus hijos tal amor por la Palabra de Dios, y tan profundo horror hacia las supersticiones papistas, que el joven Court hubiera querido mejor morir mil veces antes que asistir a misa. Cuatro de sus más antiguos compañeros dé escuela quisieron un día obligarle a ir a misa, pero él se agarró tan fuertemente a la barandilla de la escalera, que hubieron de renunciar a su propósito.

En cambio, cuando los vecinos se reunían por la noche en torno del hogar, con las puertas herméticamente cerradas por temor a los traidores, con qué atención tan intensa les oía contar a media voz las hazañas de los Camiseros y los sufrimientos de los mártires, y entonar en voz baja la emocionante dolora:

Nuestras hijas sepultadas en conventos
    Y en las prisiones,
Nuestros amigos, cuya sangre corre
    A borbotones,
En las galeras los confesores
Y los enfermos con sus dolores,
Y los que sufren y los que expiran
Son perseguidos con frenesí.
Los muertos son echados en cloacas,
    Señor, Señor:
A una voz todos éstos hoy te cuentan
    Su gran dolor.
¿Quiere acaso tu cólera acabarnos?
    Pues a tu seno
Nos acogemos, que si eres Dios justo,
    Eres Dios bueno.
Somos tus siervos; te temeremos;
Somos tus hijos; te alabaremos;
Y aunque la muerte nos amenace,
Bendeciremos tu mano fiel;
Porque tus golpes son cual los golpes
    De tempestad,
Que al puerto nos conducen entre zozobras
    Con brevedad.

Estos relatos espantaban el sueño de los ojos del joven de tal modo, que habiendo sentido una vez a su madre salir silenciosamente de casa a media noche, saltó al punto de la cama, fue tras ella, y con tantas instancias le suplicó que le permitiese asistir a la predicación de aquella noche, que ella accedió. Las caminatas largas a través de montes y valles no le cansaban nada, era

uno de los más entusiastas oyentes de estas predicaciones clandestinas, y por la animación de sus palabras comunicaba su celo a los vecinos. La carrera comercial, a la que le querían consagrar sus parientes, no convenía de manera ninguna a su espíritu fogoso. No bien llegado a los doce años, se juntó con uno de los pocos "predicantes" (así se llamaba entonces a los pastores) que recorrían el país secreta y separadamente; tomaba la palabra en las reuniones de menor importancia, y hablaba con tanto fuego y tanto olvido de sí mismo, que aquellos sencillos campesinos le miraban casi como a un ángel enviado del cielo para anunciarles la Palabra de Dios.

Ni a él ni a su madre se les ocultaban los peligros de esta vocación. Para ella fue un verdadero sacrificio de Abraham permitir, después de grandes luchas, a su primogénito, tan tiernamente amado, consagrarse por completo a la carrera de predicador. Desde entonces, a fin de conocer a los creyentes dispersos, fortalecer a los débiles y reanimar a los tibios, el intrépido joven recorría su provincia, atravesaba las selvas, y descendía a la llanura. Llegó hasta la misma Marsella y se trasladó a las galeras, donde encontró 150 confesores de la fe evangélica para quienes celebró un culto en un rincón apartado del buque; ¡ejemplo de audacia inaudita! Cuando predicaba a sus correligionarios desalentados, que en estos tiempos de persecuciones, sobre todo después de la guerra devastadora de los Cevenas, habían perdido toda esperanza, su predicación, llena de una fe sumamente gozosa producía en ellos una impresión casi mágica.

Era para ellos como una revelación de que el Dios de sus padres vivía aún y conservaría su Evangelio. Empezaron a levantar cabeza, a celebrar el culto en familia con las puertas cerradas, y a reunirse aquí y allá para edificación mutua. La policía, recelosa y vigilante, notaba estos movimientos, no obstante todas las precauciones que se tomaban para despistarlas. Había prometido una rica recompensa al que le entregara al joven predicador, y le perseguía por todas partes. Una noche acababa él de abandonar la casa donde le habían hospedado, cuando sintió los pasos de los soldados y el ruido de las armas; al punto se subió a un árbol, y desde allí pudo ver cómo los soldados derribaban a hachazos la puerta, registraban con rabia la casa desde la bodega hasta el desván, y por fin se marchaban blasfemando. Muchas veces corrió el mismo peligro, pero Dios tenía grandes planes con él, y por eso no permitió que cayera en las manos de sus enemigos.

Sin embargo, no debía quedar del todo ileso. Las continuas caminatas sufriendo frío y calor; las noches pasadas al aire libre, acostado sobre la desnuda tierra; las privaciones inherentes a su vida de proscripto, acabaron por gastarle las fuerzas y cayó gravemente enfermo. Pero lo extraordinario fue que este fugitivo, este hombre extenuado, concibió, en su aposento de enfermo, el grandioso plan de restaurar con la ayuda de Dios la Iglesia evangélica de Francia tan desorganizada y que este joven de veinte años halló con la madurez y experiencia de un anciano, los únicos medios y caminos que podían conducirle a su fin. No quería recurrir, ni a la resistencia armada, como en la guerra de los Cevenas, ni a una cobarde e hipócrita apostasía, sino únicamente a una tranquila, firme y fiel adhesión a la Palabra de la Verdad. Su proyecto era reunir en comunidades y en conventículos a los creyentes dispersos y aislados, para edificarlos y fortalecerlos sobre la base de la organización y disciplina de la antigua Iglesia reformada, con sus ancianos y sus sínodos. Quería que, en lugar de los pretendidos profetas y profetisas, cuyas visiones y predicciones excitaban más que edificaban y engendraban una piedad malsana, hubiera un cuerpo de predicadores, cuyos miembros fueran regularmente nombrados e instalados por el sínodo. Estos predicadores tendrían la misión de anunciar la Palabra de Dios a las comunidades reunidas en lugares retirados. ¡Y el joven Court concibió este plan, cuando los edictos sanguinarios pesaban aún sobre el país, cuando los predicadores eran castigados con la muerte, cuando los que tomaban parte en los cultos incurrían en la pena de prisión y de galeras, cuando no había en el país ni una sola congregación ordenada ni un solo pastor consagrado!

A la verdad, no se sabe qué admirar más, si el extremado atrevimiento del plan, o la actividad, prudencia y perseverancia con que fue ejecutado. Mas Dios, que dio la voluntad favoreció también la ejecución. Apenas curado el joven predicador, convocó a algunos de los miembros más probados de las iglesias y a algunos "predicantes" entre sus amigos, a fin de entenderse con ellos. El 21 de agosto de 1715, pocos días después de la muerte de Luís XIV, su cruel perseguidor, reuniéronse estos hombres en número de nueve, en una cantera abandonada de los alrededores de Nimes, este antiguo centro de las poblaciones evangélicas del Mediodía. Después de una plegaria fervorosa, les expuso Court sus planes, en un discurso claro y fogoso, y les comunicó la alegre esperanza y el gran entusiasmo de que estaba él animado. Así fue que esta cantera vino a ser la cuna de la restauración de la Iglesia Evangélica de Francia, porque las decisiones de este primero y modesto sínodo se extendieron por todo el país, y hallaron en todas partes una alegre acogida y una pronta adhesión. Los miembros más experimentados y más probados de las iglesias eran elegidos ancianos, y tenían la misión de reunir cada domingo pequeñas asambleas, dirigir el culto, vigilar la conducta de sus miembros, visitar los enfermos, exhortar a los que hubieran caído, preparar los cultos secretos en el desierto, albergar a los predicadores y protegerlos contra los lazos que se les tendía. Era ésta, por cierto, una misión difícil que exigía tanta prudencia y valor como espíritu de sacrificio; porque la prisión y las galeras eran el castigo de los que la desempeñaban, no bien llegaba a descubrirlos la policía.

Los ancianos de un distrito o circunscripción se reunían en sínodo con gran secreto, bajo la presidencia de un pastor experimentado, y deliberaban sobre los intereses de la comunidad. La mayor dificultad en estos tiempos era escoger pastores aptos y descartar a los incapaces, sobre todo a los fanáticos exaltados, que, en vez de anunciar la Palabra de Dios, exponían sus sueños fantásticos como si fueran, revelaciones del Espíritu Santo. En efecto; había entonces un cierto número de estos pretendidos profetas y profetisas del tiempo de la guerra de Los Camiseros, sobre todo en los Cevenas, que se ponían a predicar, bajo la influencia de espasmos y convulsiones de éxtasis, de sus inspiraciones o de su indignación; algunos de ellos se dejaban instruir y enderezar, pero otros rehusaban someterse al nuevo régimen, que consideraban como una obra del diablo.

Court se opuso a estos visionarios con tanta energía como calma; combatíalos en sus propias reuniones con la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios, y en pocos años consiguió que se prohibiera completamente a las mujeres salir y exhibirse en público, y que sólo se reconociera como pastores a aquellos cuya conducta, capacidad y doctrina hubieran sido aprobadas por el sínodo.

Esta lucha contra sus correligionarios exaltados y extraviados, era sin duda la tarea más difícil del joven reformador; pero la cumplió bien, gracias a la poderosa energía de su carácter y a su moderación y prudencia evangélica. ¡Cuántas gracias dio a Dios, cuando vio el Evangelio confesado con valor, a pesar de los sufrimientos; cuando vio que el orden y la disciplina reinaban en las filas de los fieles; cuando pudo cerciorarse del entusiasmo, cada día mayor, por celebrar el culto en familia, y asistir a las predicaciones del desierto, no obstante los terribles peligros que había que afrontar; cuando los representantes de todas las comunidades del Mediodía y del Oeste se reunieron en sínodo, y pidieron predicadores capaces y profundamente versados en el conocimiento de las Escrituras!

Esforzóse constantemente por formarlos para eso.

Casi siempre iba acompañado en sus viajes por jóvenes llenos de fe y de sacrificio, a los que instruía en las Escrituras durante el curso de sus peregrinaciones aventureras. Deteníanse a lo mejor en medio de una selva, o a la sombra de un viejo olivo; allí el suelo les servía de lecho; sus sillas eran piedras o troncos de árbol; su único libro, la Biblia. ¡Con qué atención escuchaban

aquellos jóvenes a su maestro cuando les explicaba el Evangelio, y cómo se esforzaban ellos por conformar con estas enseñanzas sus primeras predicaciones! A la manera que el Señor Jesús hizo de pescadores y publícanos, propagadores de su Buena Nueva, así Court supo transformar estos sencillos paisanos en predicadores aptos y en confesores prontos a afrontar la muerte. Porque las persecuciones no cesaron con la muerte de Luís XIV.

¡Desgraciado el predicador que caía en manos de los soldados! Le estaba reservada la muerte ignominiosa del patíbulo. De los siete pastores que habían asistido al primer sínodo, cinco fueron presos y ejecutados en el transcurso de aquel año, y fue un verdadero milagro que los espías y perseguidores no lograsen apoderarse del jefe de todo aquel movimiento; sin embargo, siguieron persiguiéndole como a una bestia salvaje, y se prometió una recompensa de 10.000 francos al que lo apresara.

Pero estas persecuciones, unidas al trabajo incesante que le ocasionaban estas correrías a través de todo el país, agotaron prematuramente las fuerzas de Court. Preciso es leer las relaciones de sus viajes, para tener una idea de los esfuerzos que se imponía. Vese allí, entre otras cosas que recorrió una vez en treinta días, con peligro de su vida, más de 100 leguas a través de las montañas y de las selvas; reunió 32 asambleas de culto, no en recintos cerrados, sino al aire libre, a menudo calado hasta los huesos por la lluvia. Además, antes y después del servicio divino sus oyentes se apiñaban a su alrededor para darle gracias, para contarle sus sufrimientos y oír algunas palabras de consuelo; en todas partes bautizaba los niños, bendecía los matrimonios y distribuía la Santa Cena.

Cuando los perseguidores, furiosos por no poder apoderarse del pastor, amenazaron con quitar la vida a su esposa y a sus hijos, decidióse Court, con el corazón traspasado, a retirarse a Lausana, con la esperanza de servir mejor a sus compatriotas, preparándoles jóvenes pastores. Gracias a su infatigable celo, llegó a fundar en esta ciudad, para la formación de pastores del desierto, un pequeño seminario, del cual era él alma, y al que inspiró su comunicativo entusiasmo.

Nadie mejor que él podía consagrarse a esta obra, porque nadie sabía como él inspirar a los jóvenes estudiantes un celo ardiente por el Evangelio, un amor sublime por la Iglesia perseguida, un espíritu y una circunspección reflexiva, cualidades todas más necesarias a los pastores de aquellos tiempos que una sabia cultura y una ciencia sacada de los libros.

Efectivamente, no pasaba apenas año sin que estos jóvenes recibiesen la noticia de la ejecución de uno o de otro de estos pastores, que pocos meses antes estudiaba con asiduidad en medio de sus compañeros, y que bien pronto moría víctima de su celo. Pero esta noticia, si bien hacía que los supervivientes derramasen amargas lágrimas, lejos de desalentarlos, no hacía más que inflamar su celo y llenarlo de un ardiente deseo de cubrir, tan pronto como fuera posible, la brecha ocasionada por la muerte de su amigo. Este seminario de Lausana, que era la obra preferida de Court, dio a la iglesia del desierto más de 100 pastores, animados de una alegre fe y de un valor intrépido a la vista de la muerte. "Esta escuela, en la que se aprendía a morir, enemiga del fanatismo, no ha cesado de enviar sus alumnos al martirio y al cadalso."

Además de su actividad como director del Seminario de Lausana, Court trabajaba sin descanso, y no sin éxito, en despertar la simpatía y en implorar la ayuda de las Iglesias extranjeras en favor de sus compatriotas perseguidos. Así obtuvo, gracias a la poderosa intervención de Federico el Grande, la libertad de 113 protestantes condenados a galeras.

En 1744 volvió a entrar Court una vez en su patria, para hacer cesar una profunda escisión que amenazaba entre las comunidades evangélicas. Un pastor había sido acusado de impureza por unas iglesias, al paso que otras le proclamaban inocente. El acusado compareció delante de una asamblea, compuesta de más de 30.000 personas y presidida por Court. La discusión terminó con

una sentencia absolutoria; pero echaban aún en cara a ese mismo pastor y a muchos de sus colegas el haberse sublevado contra las instituciones de la Iglesia. Court tomó la palabra, y los reprendió con dulzura y al propio tiempo con energía, por su rebelión; mas en seguida bajó del pulpito, les tendió fraternalmente la mano, los abrazó y les confirmó el derecho, que habían perdido por su rebelión, de apacentar los rebaños de Jesucristo. Así terminó esta cuestión que hubiera podido producir la ruina de las comunidades evangélicas de Francia. Antes de tomar de nuevo el camino de Lausana presidió Court muchas asambleas; y allí donde antes el joven predicador había reunido en torno suyo 20, 30 y a lo más 80 oyentes, acudían ahora por millares a escuchar, siquiera una vez, la Palabra de Vida, de los labios del venerable restaurador de la Iglesia. Era la rica mies que nacía de la semilla, arrojada con no menos celo que sacrificio.

VII

PABLO RABAUT, EL PATRIARCA DE LOS PASTORES DEL DESIERTO

Cuando Antonio Court partió para Suiza en 1729, había en el Mediodía de Francia 110 comunidades que habían sido despertadas de su largo sueño espiritual por su actividad, las cuales, gobernadas por sínodos y reunidas en un cuerpo eclesiástico, crecían y florecían completamente ignoradas en medio de los abrojos y espinas de la tiranía que por todas partes las rodeaban. Todo esto, sin embargo, no era más que el comienzo de un movimiento que en los diez años siguientes se extendió a casi todos los grupos evangélicos anteriormente fundados, y llegó a la restauración de toda la Iglesia evangélica de Francia. No pasaba año sin que los sínodos del Mediodía de Francia recibiesen en su comunión algunos miembros de las provincias vecinas. Diputados de la Guyenne y del Potou se dirigían a ellos pidiéndoles encarecidamente que les enviasen predicadores, porque "había en sus provincias un pueblo hambriento y sediento, y que no tenía ni pan ni agua, sin auxilios y sin consuelos". Fueron enviados dos pastores a estos hermanos para darles el Pan de Vida y los consuelos del Evangelio. Uno de ellos, el pastor Víala, abrasado de celo, fundó en pocos años 24 nuevas comunidades, y consiguió despertar entre los antiguos Hugonotes, privados de servicios divinos desde hacía cuarenta años, un celo tan grande, que a menudo se apiñaban miles de oyentes alrededor de estos "predicadores del desierto".

En los alrededores de Burdeos hasta el pie de los Pirineos; en la Rochela, antigua fortaleza de los evangélicos, en toda la Normandía; lo mismo en Lyón, en Provenza y hasta en los valles valdenses del Piamonte, comenzaron los evangélicos a salir de su largo sueño espiritual, y confesaban, para vergüenza suya, "que la mayor parte de ellos habían olvidado las cosas de lo alto para pensar sólo en sus viñas, en sus campos y en sus negocios, hasta que Dios les envió uno de sus mensajeros para arrancarlos de su funesto letargo".

Esto era, en realidad, una resurrección de la Iglesia, casi muerta, a una nueva vida tan maravillosa y espléndida como la que en su visión contemplaba el profeta: "He aquí que no bien hube yo profetizado, sintióse un ruido, después un terremoto, y los huesos se aproximaron unos a otros, y revivieron los muertos, y se sostuvieron sobre sus pies, y formaron un muy grande ejército". (Ezequiel XXXVII, 7-10). Las fuerzas que obraron este milagro fueron la Palabra y el Espíritu de Dios.

En el primer sínodo nacional que convocó Court en 1726, no había representadas más que tres provincias, que venían a tener unas cien comunidades; en el último que se reunió antes de la revolución, en 1787, se hallaban los delegados de quince provincias y representaban cerca de 600.000 Hugonotes. Era éste, en verdad, "un muy grande ejército". Los promotores de este movimiento eran celosos pastores, llenos de fe y del Espíritu Santo, compañeros de trabajo y discípulos de Antonio Court.

Hay que señalar también como columnas de esta Iglesia así reorganizada, a los ancianos, aquellos creyentes animosos que sin ruido dirigían, conservaban y vigilaban esas comunidades secretas. Su fiel trabajo solo, no obstante la presión ejercida por el Gobierno, y el rigor de las leyes que todavía pesaban sobre los Hugonotes, hizo posible el restablecimiento de la disciplina y del buen orden eclesiástico. Todo evangélico que había renegado de su fe asistiendo a misa; todas las parejas que habían hecho bendecir su matrimonio o bautizar sus hijos por el sacerdote, eran considerados como excluidos de la Iglesia. Las comunidades que no habían elegido ancianos ni establecido la organización en su seno, no eran invitadas al "culto del desierto".

La única pena disciplinaria que se aplicaba era la exclusión de la Iglesia y la privación de los beneficios espirituales de la comunidad; mas este castigo ofrecía un terrible peligro en su aplicación; en efecto, como el gobierno castigaba con las galeras la asistencia a las reuniones del desierto, todo Hugonote sometido a la disciplina podía tomar una horrible venganza de sus correligionarios con una simple denuncia a la policía. De la misma manera, todos los matrimonios que no habían sido bendecidos por los sacerdotes eran considerados por las autoridades como concubinatos, y se reputaban ilegítimos los hijos nacidos de tales matrimonios; el cura tenía derecho de arrancárselos a sus padres y de imponerles una educación católica en un convento. Por su parte, los novios que hacían bendecir su matrimonio por los pastores eran merecedores de la prisión y de la confiscación de sus bienes. Ya se ve, pues, que la bendición nupcial en el desierto era un paso muy serio, y que los esposos que la recibían se exponían a pasar una triste existencia conyugal.

Los ancianos estaban además encargados de determinar el lugar y el momento en que debían verificarse los cultos del desierto, de informar de ello secretamente a los miembros de la comunidad, de invitar a los pastores y de proveer a su abrigo y seguridad. Debían dirigir las colectas que se hacían en favor de los mártires condenados a galeras, administrar los fondos destinados a la preparación y sustento de los pastores, y deliberar con éstos acerca de la situación favorable o desfavorable de sus comunidades. Tenían que visitar los enfermos, enviarles pastores para consolarlos, y proveer a los cuidados que reclamase su estado. Y hacían todo esto exponiéndose continuamente al peligro de ser arrojados de sus casas y condenados a galeras perpetuas, desde el momento en que fuesen descubiertas su misión y sus penosas funciones.

Lo que han sido estos hombres para la Iglesia en aquellos tiempos tan difíciles queda oculto a los ojos de los hombres; el Señor, justo Juez, ya los ha recompensado. ¡Dígnese Él enviar a la Iglesia evangélica muchos ancianos como éstos!

Los pastores rivalizaban con los ancianos en celo, en espíritu de sacrificio y en serenidad frente a los sufrimientos. Naturalmente, ningún mercenario pedía una misión sobre cuyo cumplimiento estaba suspendida la amenaza de muerte. Los pastores debían estar dispuestos cada día a sacrificar su vida, y decirse a cada instante: "No hay más que un paso entre mí y la muerte". A pesar de esto, nunca dejaban de alimentar a las comunidades hambrientas con el Pan de Vida, y la ejecución de uno de ellos no hacía sino excitar en los otros un celo mucho más ardiente para cubrir luego la vacante que dejaba. Entre todos estos hombres abnegados descuella Pablo Rabaut,

tanto por los extraordinarios dones de espíritu que había recibido, como por las ricas bendiciones y larga actividad que Dios le concedió.

Nació en 1718, en los alrededores de Nimes, de padres piadosos y acomodados, y hubiera podido vivir tranquilamente asociándose al comercio de su padre, que era comerciante en paños. Sin embargo, siendo aún muy joven, sintióse poderosamente atraído hacia los pastores perseguidos que se hospedaban a menudo en casa de sus padres. El heroico ejemplo de Court le entusiasmaba de tal modo, que no podía imaginarse más excelente vocación que la de predicar; así es que acabó por conseguir de sus padres el permiso de abrazar esta carrera. Concediéronselo su padre y su madre con el corazón oprimido, porque sabían que equivalía a entregar a su hijo a una muerte cierta.

Durante su permanencia en el seminario de Lausana, se unió más íntimamente con Court, que fue siempre para él su amigo y un paternal consejero, al cual comunicaba de continuo sus alegrías y sus penas, pequeñas y grandes. No hacía aún dos años que estaba estudiando cuando fue nombrado por el sínodo pastor de la provincia eclesiástica de Nímes, donde ejerció sin interrupción las funciones del santo ministerio, hasta su dichosa muerte, ocurrida en 1795, es decir, durante más de medio siglo, duración sin ejemplo en aquellos tiempos de persecución. El poder y la fuerza arrebatadora de su predicación, la prudencia y tacto que desplegaba en las más difíciles funciones de su misión, el celo ardiente con que atendía el cuidado de sus correligionarios de cerca y de lejos, le granjearon en poco tiempo el amor y el respeto de sus colegas, hasta el punto de que, poco a poco, fue considerado como el guía espiritual de las Iglesias reformadas, lo que atrajo sobre él un recrudecimiento de odio por parte de sus enemigos.

Después de un corto período de relativo reposo, lograron los obispos desencadenar nuevas persecuciones contra los Hugonotes. Quejábanse al Gobierno de que se permitiese a los herejes celebrar tranquilamente su culto en las selvas y en lugares apartados; estaban tanto más inquietos cuanto que a esas reuniones asistían no sólo personas de pocos recursos, sino también comerciantes, notarios, y hasta nobles que no hacían bendecir ya sus casamientos ni bautizar sus hijos por los curas. Se habían descubierto también en ciertas localidades escuelas hugonotes, de modo que se iban despoblando las escuelas y las iglesias católicas. "Por eso, decían ellos, hemos perdido en pocos meses el fruto de cincuenta años de trabajo, durante los cuales nos hemos afanado por convertir a estos pobres ciegos. Gracias a nuestros procedimientos llenos de dulzura — (¡los calabozos, las galeras, el cadalso!) —, se iban habituando estas gentes al catolicismo sin darse cuenta. Ahora se levanta una nueva generación de protestantes, más resistentes, más tenaz que la anterior". Veíanse, pues, precisados los obispos romanos, bien a su pesar, a dar testimonio en favor de la verdad del Evangelio, y a confesar el fracaso completo de sus cincuenta años de persecuciones, y a la vez el maravilloso poder de la simple predicación de la Palabra de Dios. Solamente que en vez de dejarse instruir por los hechos, pidieron con instancia una aplicación más severa de los "medios llenos de dulzura", y no tardaron los Reformadores en sentir sus efectos. Sus pastores fueron perseguidos de nuevo, y ojeados en todo el país como si fueran bestias salvajes, por una gavilla de policías, espías y soldados, con tan buen éxito, que en poco tiempo prendieron a cinco, y les dieron muerte.

Hagamos mención en primer término del joven Luís Ranc, de veintiséis años de edad. Fue preso el 16 de Enero de 1745 y encarcelado en Grenoble. El parlamento de esta ciudad le condenó a ser ahorcado en la plaza de la ciudad de Die, donde había sido aprehendido. Marchó al suplicio entonando el versículo 12 del Salmo CXVIII:

"He aquí el día dichoso
Que responde a nuestro deseo;

Alabemos a Dios que nos lo ha dado,
Alegrémonos y regocijémonos en él.
A ti clamo, Dios mío;
Guarda y sostén a tus ungidos;
A ti solo acudo, mi Dios;
Guarda y defiende a tu pueblo".

Su cabeza fue expuesta para escarmiento, en la punta de un poste, delante de la casa donde se había hospedado. Su cuerpo fue ultrajado y profanado por el verdugo y sus ayudantes, y lo arrojaron en una cloaca, donde quedó hasta que una mujer católica le dio sepultura en una de sus propiedades.

Después del joven le tocó al anciano. El pastor Jacobo Roger, de setenta años de edad, servía a las iglesias desde hacía cuarenta años, con un celo que el tiempo no había podido enfriar. Preso el 29 de Abril de 1745, fue conducido a la cárcel de Grenoble. Al oficial que le preguntaba quien era, le respondió: "Yo soy el que hace treinta y nueve años buscáis; ya era tiempo que me encontraseis". El parlamento le condenó a muerte, y él oyó la sentencia con la mayor tranquilidad, considerando como prueba de haber escuchado Dios sus oraciones el que le hubiese curado de una grave enfermedad, permitiéndole así dar testimonio de su fe por el martirio. Cuando vio al verdugo que le venía a prender, exclamó: "¡He aquí el día dichoso, el momento feliz que tantas veces he deseado; regocíjate, alma mía, porque este es el día feliz en que vas a entrar en el gozo de tu Señor!". Su cuerpo quedó colgado veinticuatro horas en el patíbulo, y después fue arrojado al Isére.

El año precedente (2 de Febrero de 1744) se señaló por una ejecución que causó a las iglesias una impresión extraordinariamente dolorosa. Tal fue la de Mateo Mézal, más conocido con el nombre de Désubas, su lugar natal. Los protestantes le profesaban un cariño mezclado de admiración. Cuando él predicaba, sus oyentes estaban pendientes de sus labios, y no se cansaban de escuchar sus discursos; por eso la noticia de su arresto, que se efectuó el 12 de Diciembre de 1743, se extendió con la rapidez del rayo, y produjo un inmenso dolor. Cuando los evangélicos supieron que había sido detenido en Vernoux, descendieron en masa de sus montañas y pidieron su libertad; mas no pudiéndola conseguir, forzaron las puertas e hicieron una invasión en la plaza. Los habitantes los recibieron a tiros, y mataron a 30, hiriendo a más de 300. El preso mandó un recado a sus correligionarios rogándoles que se retirasen, y asegurándoles que estaba tranquilo y resignado con su suerte; sin embargo, al día siguiente, los paisanos volvieron en masas amenazadoras, y hubieran hecho trizas a los soldados del comandante, sin la intervención de los colegas de Désubas, que los exhortaban a no volver mal por mal, pero si a dejar la venganza en las manos de Dios. Así lograron apaciguar aquellos espíritus exasperados, decidiéndose a deponer las armas.

El prisionero fue llevado de Vernoux a Montpellier, y su llegada a esta ciudad produjo una impresión dolorosa, de la que participó el mismo obispo. El juez, que era el caballero Lenain después de haberle interrogado, y haber averiguado la falsedad de todos los rumores esparcidos contra los evangélicos relativamente a sus disposiciones respecto del rey, le dijo: "Señor, me veo obligado con sentimiento a condenaros; tal es la orden del rey". "Ya lo sé", respondió tranquilamente el pastor. Los jueces no podían dominar su emoción. Lenain sollozaba.

El 2 de Febrero de 1744, medio desnudo, con la cabeza descubierta y los pies descalzos, fue conducido a la llanura en que se alzaba la hoguera. Todo el recinto estaba lleno de una inmensa muchedumbre que se conmovió profundamente al ver la serenidad del rostro del condenado, la hermosura de sus facciones, la firmeza con que resistía a las importunidades de los

jesuítas y la alegre seguridad de su fe, de que daba testimonio su última plegaria hecha al pie del cadalso. Llegado a la cumbre de la hoguera, quiso hablar a la muchedumbre pero un redoble de catorce tambores ahogó su voz. Sin embargo, su serenidad y su firmeza en el momento de la muerte, fueron una predicación más poderosa que todos los discursos. Los mismos católicos se deshacían en lágrimas, y los protestantes bendecían a Dios por haberle dado en este santo mártir tanto honor y tanta edificación.

Desde el pie de la hoguera partieron dos jóvenes a Lausana para informar a Court de la muerte de su discípulo favorito y para inscribirse ellos en la lista de los candidatos a la muerte. Realización gloriosa de aquella palabra del Apóstol: "Y esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe" (1ª Juan V: 4). La voz del fiel testigo, lejos de haber sido ahogada en su sangre, resonó largo tiempo en las casas y cabañas de los Cevenols, en unos versos que, aunque desprovistos de arte, son profundamente conmovedores:

El Ministro en el Lugar de la Ejecución

1
No lloréis mi suerte, Que es suerte envidiable Nada hay tan amable Como mi Señor; Él es mi fortuna, Mi dicha y consuelo, Mi sostén y anhelo, Mi rey y pastor.

2.
Hoy sales del mundo. ¡Valor! alma mía; Con gran alegría Hoy al cielo irás, Mansión de delicias, Do siempre gozosa, Contenta y dichosa, Con Dios estarás.

3.
Con los querubines Cantarás las glorias, Triunfos y victorias Del rey inmortal; Y estarás vestida De luz esplendente De luz refulgente, De luz celestial.

4.
Estando en la hoguera El mártir cristiano, Pidió al Soberano Del cielo, sostén; Y su alma al instante, De amor embriagada, Subió a la morada Del Rey del Edén.

5.
Hermanos del alma, Fieles protestantes, No lloréis, porque antes Désubas no fue Tan afortunado Como lo es ahora Cuando ya no llora, Pues triunfó su fe.

6.
Imitad su arrojo, Guardad su memoria, Seguidlo a la gloria Con fe y con ardor; Y si Dios nos llama A sufrir tormento, Ni por un momento Vacile el fervor.

Esteban Tessier, llamado Lafarge, es otro confesor que, por su juventud, celo e intrepidez, ofrece una gran analogía con Désubas. Sorprendido durante la noche por los soldados, quiso huir escalando el tejado de la casa donde estaba hospedado, pero un tiro le rompió un brazo. La gangrena invadió la herida y la enfermedad hubiera acabado muy pronto con él; pero estaba dicho que ningún siervo de Dios había de morir de muerte natural. Así es que se apresuró el proceso, y tres días después de su detención fue condenado a muerte. Uno de sus discípulos, llamado Lapierre, le acompañó hasta el pie del cadalso y le asistió en sus últimos momentos. Esteban Tessier fue sacrificado el 17 de Agosto de 1754 en la llanura de Montpellier.

Jacobo Novis, padre, había recibido al pastor en su casa; fue denunciado; el delator recibió en recompensa 3.000 francos, y Novis fue condenado a galeras a perpetuidad, con esta marca en la espalda: "G a P". Su casa fue arrasada y las dos terceras partes de sus bienes confiscados.

El valor heroico, la inquebrantable firmeza, la paciencia, la dulzura, la serenidad que los pastores desplegaban en los calabozos y en las hogueras eran un poderoso aliento para los creyentes. Y a la verdad, ahora más que nunca tenían necesidad de aliento, porque las persecuciones iban a revestir un carácter de particular crueldad. En efecto, no se contentaba la rabia de los perseguidores con hacer morir a los guías espirituales; al mismo tiempo que se hería a los pastores habían de dispersarse los rebaños. El Tribunal de Burdeos condenó de una vez (1740) a diez y ocho parejas que habían hecho bendecir su matrimonio por pastores evangélicos; los hombres fueron enviados a galeras; las mujeres arrojadas en los calabozos y a los hijos se los declaró bastardos y se los encerró en conventos. A cada paso, los cultos celebrados en el desierto eran repentinamente asaltados, disparaban los soldados contra los fugitivos, y centenares de Reformados eran encerrados en las prisiones, hasta que se llenaron los calabozos y hubo que renunciar a mandar allá más condenados.

Mas no por eso mejoró la suerte de los Reformados. No pudiendo encarcelarlos, los condenaban a pagar multas abrumadoras. La sola provincia del Languedoc tuvo que pagar, en el espacio de algunos años, la suma para aquellos tiempos enorme de dos millones de francos; mas cuando a todas estas persecuciones vinieron a juntarse las innobles dragonadas, las poblaciones no pudieron dominar su irritación: comenzaron a oponer violencia a violencia; se apoderaron de los curas más crueles, y por poco estalla una guerra civil más terrible y sangrienta que la de los Camiseros, que había hecho época al principio del siglo. Los pastores y los ancianos tuvieron que hacer inauditos esfuerzos para impedir un nuevo levantamiento de este pueblo, al que se empujaba a la desesperación. En estos tiempos difíciles desplegó Rabaut una actividad más infatigable que nunca. Iba de un lugar a otro, consolaba, reprendía, rogaba, enseñaba, exhortaba a la obediencia a las autoridades, aunque fueran injustas, a la paciencia, a la firmeza contra los ataques de los curas, y hacía todo esto sin mirar el peligro al que estaba constantemente expuesto. "Tengo de continuo espías sobre mis pasos —escribía a Court: — son soldados disfrazados, armados de pistolas y de cuerdas para amarrarme o paralizar mi acción; mi valor, en cambio, ha aumentado mucho. La recompensa prometida al que llevare mi cabeza, de 6.000 francos se ha elevado a 20.000, y en lugar de la horca, me amenazan con la rueda".

Un día, algunos soldados le acechaban ocultos en una gruta cerca del camino por donde debía pasar para presidir una asamblea en el desierto, y ya se lanzaban sobre él para prenderle, cuando algunos de sus fieles parroquianos se arrojaron entre ellos, cubrieron a su pastor con sus cuerpos y favorecieron así su fuga.

Otra vez, habiendo sido denunciada la casa en que había pasado la noche, los esbirros la rodearon y cubrieron todos los caminos por los que podía escaparse el pastor. No le quedaba más que un refugio, y era un nicho o pequeña hendidura practicada en el espesor de la pared, y lo justa para que un hombre pudiese encajonarse en ella. Los soldados registraron la casa desde el sótano al desván, furiosos al verse expuestos a dejar escapar tan rica presa. Encadenaron al propietario para obligarle por la tortura a indicar el lugar donde estaba oculto el pastor. Ya el cura que guiaba la tropa había enrojecido al fuego las tenazas, y las acercaba a los pies desnudos de aquel valiente anciano; ya Rabaut, que lo veía todo por una rendija de la pared, estaba a punto de echarse fuera para entregarse él mismo a los verdugos, cuando una fuerza invisible obligó al cura a apartar el instrumento de suplicio. Derribaron al día siguiente la casa, y hallaron el escondrijo, pero no al que buscaban.

La experiencia que Rabaut tenía del socorro de Dios no le hizo temerario, pero sí le llenó de confianza y de valor, hasta el punto que no temió hacer oír su voz a las mismas autoridades, por medio de memoriales y peticiones, con el fin de afirmar solemnemente la fidelidad de los protestantes para con el rey y el Estado, y conseguir que se suavizaran algo las medidas de rigor

dictadas contra sus hermanos en la fe. Por eso, en 1752, con ocasión de la llegada de un nuevo gobernador a la provincia, Rabaut, acompañado de algunos amigos, se atrevió a poner en su propia mano, en medio del camino, una Memoria en la cual exponía los hechos, mencionando, de una parte, las persecuciones, las torturas a que se había sometido a los protestantes durante los últimos años, y el odio feroz que les profesaban los eclesiásticos católicos; y de otra parte, la paciencia, la dulzura y la obediencia de sus correligionarios, indicando con la mayor exactitud los días y los lugares en que habían pasado los hechos referidos, así como también los nombres de sus autores.

Esta Memoria, perdida hasta estos últimos tiempos y hallada el año 1899 por el Secretario de la Sociedad para el estudio de la historia del Protestantismo francés, constituye, después de ciento cincuenta años, un testimonio irrecusable de los sufrimientos de los protestantes en aquellos tiempos turbulentos. Sólo podemos citar algunos fragmentos:

"El 21 de Diciembre de 1745, el cura de Boffre, ayudado por el maestro, destruyó a hachazos el altar y las esculturas de su propia iglesia, prendió fuego a las maderas y arrojó los vasos sagrados en un pozo, con el fin de acusar a los protestantes de esta profanación. ¡Cuan funesta no les hubiera sido esta calumnia si el maestro, vencido por los remordimientos, no hubiera confesado más tarde que el cura le había forzado con la pistola en la mano a asociarse a su crimen!"

"El 8 de Septiembre de 1748, unos cuantos soldados cayeron sobre varias personas que estaban reunidas para el culto en el cantón de Uzés; hirieron a muchas a bayonetazos, maltrataron a otras, arrancaron las sortijas de los dedos de las mujeres y de las jóvenes, así como también las perlas de sus collares, y cometieron con muchas de ellas los actos de violencia más ultrajantes".

"Cuando el tejedor de seda Cabanus, hombre muy respetado, murió en Alais, el 14 de Julio de 1749, el populacho, excitado por curas y frailes, se opuso a su entierro. Cuando, a fuerza de dinero, se obtuvo la autorización para enterrarlo, y ya se había rodado por encima de la sepultura una rueda de molino para apisonarla, una gavilla de furiosos arrancó el cadáver del sepulcro, separó su cabeza del tronco, y comenzaba ya a descuartizarlo cuando la policía lo retiró de sus manos".

Y con esto basta y sobra, pues la pluma se niega a describir semejantes horrores. Tales eran los "medios llenos de dulzura" que Roma y el sacerdocio romano empleaban, hace ciento cuarenta años, para llevar los herejes al seno de la Iglesia "fuera de la cual no hay salvación". La obstinación y terquedad de estos herejes consistía en que preferían sufrir antes que hacer sufrir, y soportaban todas estas abominaciones y violencias con inalterable paciencia para quedar fieles a su conciencia y a su fe.

VIII

LAS ÚLTIMAS CONVULSIONES DEL ANTIGUO ODIO RELIGIOSO Y LA AURORA DE MEJORES TIEMPOS

La Iglesia protestante de Francia nos ofrece un espectáculo maravilloso en la mitad del siglo XVIII, que resulta hasta ininteligible para el que no tiene experiencia del poder admirable del siglo venidero. Teníala el Estado por muerta desde hacía cincuenta años; estaba en entredicho

por una larga serie de leyes a cual más rigurosa, y amenazada en todas sus manifestaciones exteriores con penas severísimas, y ella, sin embargo, a escondidas de aquellos que no son sus miembros, y bajo la más abrumadora opresión, despliega y desarrolla una vida interior llena de fuerza y lozanía. Se gobierna por sus propias leyes, y fortalecida en sus sufrimientos por el valor de los siervos y confesores, por el Espíritu de lo alto, por la unión de sus miembros y por la Palabra de Verdad, desafía todas las medidas de inaudita violencia que el Estado, en convivencia con un clero omnipotente tomó, durante un siglo, para destruirla.

Sus pastores, que por un mezquino salario, desempeñaban el servicio más penoso y peligroso, vivían para con el rey, a la paciencia, al sufrimiento. En circunstancias peligrosas, cuando, por ejemplo, una invasión española amenazaba el Mediodía de Francia, el Gobierno hizo un llamamiento con éxito a la abnegación de aquellos que él perseguía y torturaba, y pudo así comprobar la fidelidad de unos súbditos tan duramente maltratados.

Los sínodos que prohibía la policía bajo las más severas penas, celebrábanse, sin embargo, cada año, procedían a sus deliberaciones, elaboraban sus decisiones y las ejecutaban, no sólo sin recurrir jamás a la autoridad pública, sino en oposición formal con el Estado, que prohibía todas las manifestaciones de la vida de la Iglesia evangélica. Y los miembros de estas comunidades, que por razones de conciencia resistían con tanta firmeza a las leyes del Estado, constaban en el número de los mejores ciudadanos. En tiempo de guerra o por otras necesidades, pagaban voluntariamente los impuestos extraordinarios, llegando a privarse de lo poco que les dejaba la avidez de sus perseguidores y las exhorbitantes multas que se les imponía. Asociábanse de corazón a los lutos y duelos públicos; así fue cómo durante una enfermedad del rey, que tan poco economizaba la sangre de ellos, instituyeron días de ayuno y de oración para implorar de rodillas la conservación de una vida tan preciosa.

Mas a pesar de su fidelidad y obediencia, estaban los protestantes fuera de la ley desde que nacían hasta que morían. Como ya lo hemos visto, sus hijos eran bautizados secretamente en el desierto, y se les instruía ocultamente en escuelas establecidas en lugares apartados, para sustraerlos a las persecuciones de los sacerdotes. Todos los empleos públicos eran inaccesibles para ellos; todos sus matrimonios eran considerados como concubinatos por la Constitución del Estado; y en consecuencia, se trataba a sus hijos como bastardos, privados de sus derechos de sucesión y expuestos a cada paso a ser arrebatados por los curas y encerrados en conventos para recibir allí educación católica.

No podían satisfacer la más noble necesidad del alma humana, que es la de servir a Dios en la comunión fraterna, sin exponerse a perder sus bienes o su libertad. El celo "convertidor" de los curas no dejaba un instante de reposo a los enfermos, y emponzoñaba los últimos momentos de los moribundos. Aun después de su muerte, se les negaba los honores de la sepultura. Según la ley, debían ser arrastrados sus cuerpos por el lodo de las calles y después arrojados a un muladar, y sus parientes se tenían por muy dichosos si a favor de la noche lograban cavar una fosa en sus jardines para depositar en ella el cuerpo del ser querido.

Y esta vida agitada y privada de todos los derechos, les cupo en suerte, no a 5 ó a 15; no a 100 ó 200, sino a cientos de miles; puede asegurarse que a 600.000 ciudadanos franceses; y no durante tres o cuatro años, sino durante ciento cuatro años, de 1685 a 1789, es decir, desde la revocación del edicto de Nantes hasta la Revolución francesa. Es imposible formarse una idea de la multitud de crímenes cometidos por un poder tiránico y por una Iglesia ambiciosa, a favor de una legislación que estaba en completa contradicción con las más elementales nociones de la justicia. Y sube de punto su culpabilidad por el hecho de haber conservado este estado de cosas largo tiempo, no obstante estar convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos, y a pesar de que

desde la mitad del siglo, por consecuencia del progreso de las luces, el espíritu de tolerancia comenzó a dominar en los estados vecinos.

La expulsión de los Jesuítas de Portugal, España y Francia, y la abolición definitiva de su orden por el papa Clemente XIV, en 1773, eran hechos capaces de reanimar en los protestantes la esperanza de volver a entrar en sus derechos, puesto que el confesor de Luis XIV, el padre La Chaise, uno de los principales autores de la revocación del edicto de Nantes, era jesuita, y su orden había estado siempre a la cabeza de los perseguidores. Pues bien; una vez más, esta esperanza se trocó en decepción, porque el alto clero se oponía a las reformas que, para suavizar la suerte de los protestantes, querían introducir en la legislación algunos ministros ilustrados del nuevo soberano Luís XVI. A la verdad, el brazo de la autoridad se iba paralizando poco a poco, y se cansaba de descargarse contra la inquebrantable firmeza que manifestaban los Reformados en sus sufrimientos. Se les permitía practicar su religión, a condición de que se estuviesen tranquilos y no la ostentasen en público. Los galeotes protestantes iban siendo puestos en libertad unos después de otros.

Como ya lo dijimos en el capítulo VI, los que estaban encerrados en la torre de Constanza y en otros calabozos fueron también devueltos a sus hogares. Ya no eran atacadas por los soldados las asambleas del desierto, y los pastores no eran perseguidos a través del país. Sin embargo, las leyes sanguinarias estaban suspendidas siempre sobre su cabeza como una espada amenazadora. El odio del clero y la hostilidad de los católicos estaban de continuo prontos a estallar a la primera ocasión contra los herejes.

Dos sucesos ocurridos en el mismo año de 1762, en Tolosa, vinieron a demostrar hasta qué punto tenían aún los protestantes que estar en guardia.

El primero concierne a Juan Rochette, pastor nacido en Víala en el Gévaudan, de una familia pobre, pero piadosa, el cual desde sus primeros años sintióse llamado al ministerio evangélico. Fue a hacer sus estudios al Seminario de Lausana, bajo la dirección del venerable Antonio Court, y después de recibir la imposición de manos (1760), sirvió a la Iglesia con tanto celo, que pronto se resintió gravemente su salud. Se le prescribió las aguas de San Antonino, y cuando se trasladaba a esta localidad le suplicaron que administrara el bautismo a un niño en una aldea vecina. En el momento de proceder a esta ceremonia, fue detenido por una patrulla, cerca de Caussade, y conducido al cuerpo de guardia. Interrogado al día siguiente, confesó con franqueza que era ministro del Evangelio. Al tener noticia de su detención, acudieron a libertarlo 200 paisanos; mas fueron rechazados, y tres hermanos, apellidados Grenier, que iban entre ellos, quedaron presos, y se les condujo a Tolosa con aquel a quien habían querido libertar del odio de sus enemigos. El Parlamento de esta ciudad los condenó a muerte como a rebeldes tomados con las armas en la mano. Uno de ellos estaba armado con una escopeta, y el otro llevaba una espada, según acostumbraban los nobles a llevarla entonces; porque estos hermanos pertenecían a una antiquísima familia del condado de Foix, a la que los reyes precedentes había ennoblecido por razón de los servicios que había prestado al Estado con la fabricación del cristal. Hacía mucho tiempo que los miembros de esta numerosa familia habían abrazado el Evangelio, y habían mirado siempre como un honor el dar asilo a sus correligionarios perseguidos, y proporcionar a los pastores guías experimentados para conducirlos con seguridad a través de las selvas y montañas. Más de un Grenier había pagado ya su fe con la prisión y aun con la vida. De ahí provenía el odio que les profesaban los católicos, y de ahí también el que el Parlamento de Tolosa pronunciase contra ellos sentencia de muerte.

Rabaut puso en juego la intercesión de muy conspicuos personajes en favor de los sentenciados, y no temió dirigirse a la misma princesa María Adelaida, hija primogénita de Luís XV, demostrándoles a todos la injusticia del fallo del Parlamento de Tolosa. Mas fueron vanos

todos sus esfuerzos. No les quedó a estos desgraciados más consuelo que el de morir con su amadísimo pastor. Cuatro curas los visitaron en la prisión y los acompañaron hasta el cadalso, amenazándolos con la condenación eterna si no se convertían. A todas estas importunidades respondía

Rochette: "Nosotros estamos a punto de comparecer ante un Juez más justo que vosotros; El es el que ha derramado su sangre para salvarnos; si queréis hablarnos de él, estamos prontos a escucharos, pero no nos vengáis con vuestras supersticiones".

Cuando caminaban hacia el cadalso pasaron delante de la catedral, y los sacerdotes obligaron al pastor a arrodillarse para pedir perdón a Dios, al rey y a la justicia, "por haber desempeñado indebida y culpablemente las funciones de su ministerio". Arrodillóse, en efecto, mas para decir con voz firme: "Pido perdón a Dios de todos mis pecados y creo firmemente que soy lavado de ellos por la sangre de Jesucristo que nos ha rescatado a gran precio. No tengo que pedir perdón al rey, porque siempre lo he honrado como a ungido del Señor, y le he amado siempre como a padre de la patria. He sido siempre un súbdito bueno y fiel, y me parece que los jueces están bien convencidos de ello. He predicado siempre a mi rebaño la paciencia, la obediencia y la sumisión, y mis sermones, que andan en manos de muchos, resumen en estas palabras: "Tened a Dios; honrad al rey". Si he contravenido a sus leyes en lo tocante a las asambleas religiosas, fue porque Dios me lo ordenaba. Por lo que mira a la justicia, yo no la he ofendido, y ruego a Dios que perdone a mis jueces". Cuando el verdugo le exhortaba a morir al menos en la fe católica, le respondió: “Juzga tú mismo cuál religión es mejor, la que persigue o la que es perseguida".

Los cuatro condenados subieron valerosamente al cadalso entonando en voz alta el himno de los mártires: "He aquí el hermoso día". Mas pronto el canto iba siendo más y más débil... y las voces de los cantores se iban apagando sucesivamente en la muerte; el más joven, que tenía veinte años, quedó solo cantando los versos siguientes del mismo Salmo:

"Heme aquí, a pesar de la envidia, rescatado de las manos de la muerte; el Dios fuerte me ha devuelto la vida, y yo celebraré su bondad allí, en voz alta, quiero celebrarla con un nuevo ardor, porque él en mi dolor mortal ha sabido socorrerme".

El ejecutor de estas grandes hazañas ató a la estaca al pastor y le ahorcó; a dos de los hermanos Grenier les cortó la cabeza; entonces el mismo verdugo se conmovió, y dijo al más joven: "Acabas de ver morir a tus hermanos; abjura para no perecer como ellos". "¡Abjura! ¡Conviértete!" — gritaron miles de voces, salidas de la muchedumbre que llenaba la plaza. El mártir respondió fríamente al verdugo: "Cumple con tu deber"; y su cabeza rodó por la arena. Estas ejecuciones tuvieron lugar el 19 de Febrero. Pocos días después, el 10 de Marzo, se ofrecía un espectáculo semejante a esta misma muchedumbre, en esta misma ciudad y sobre esta misma plaza. Juan Calas, anciano de sesenta años, respetable padre de familia, y comerciante muy apreciado, expiaba en el cadalso un crimen del que era inocente. Calos habíase esforzado por educar a sus hijos en el temor de Dios; sin embargo, los instintos perversos de algunos de ellos triunfaron de todas las exhortaciones y de los mejores ejemplos de su padre. En particular, su hijo segundo Marco Antonio, no habiendo podido dedicarse a la carrera que le convenía, buscó la distracción en el juego, el vino y los placeres, pero de todos estos goces no sacó más que un humor sombrío y la desesperación que le condujo al suicidio. El 13 de Octubre de 1761, después de haber cenado con sus padres, se levantó fríamente de la mesa y salió. A eso de las diez de la noche, oyóse un grito desgarrador; acudieron los padres, y hallaron a Marco Antonio ahorcado a la puerta de la tienda. El padre se apresuró a descolgarlo y desató el nudo corredizo; la madre se esforzó por volverlo a la vida por medio de licores espirituosos; acudió también un médico con sus auxilios, pero todo fue en vano; Marco Antonio había muerto. Acudieron los vecinos, y todos

expresaron su simpatía para con estos honrados y afligidos padres. De pronto, de en medio de la muchedumbre, álzase una voz que dice "¡Calas ha asesinado a su hijo para impedirle que se hiciera católico!" Entre los corregidores que por allí andaban, había uno llamado David de Baudrique, que estaba poseído de un odio furioso contra los herejes; cogió la acusación al vuelo, e hizo conducir a la familia a la casa de la villa, junto con el cuerpo del suicida. Al momento acudieron curas, frailes y toda clase de cofradías, y recibieron solemnemente al pretendido mártir de la fe católica. Se le trasladó con gran pompa de la casa de la villa a la catedral de San Esteban, con banderas flotantes y cirios encendidos. Se le erigió un soberbio catafalco en la capilla colgada de blanco; se colocó cerca de su cabeza un esqueleto que tenía en la mano derecha una palma, símbolo del martirio, y en la izquierda, esta inscripción en grandes caracteres: "Abjuración de la herejía". Celebráronse misas de difuntos, y la turba excitada lloraba, rezaba y maldecía a los asesinos. De este modo, en un abrir y cerrar de ojos, hicieron de un suicida un santo, y de unos padres desgraciados unos asesinos que habían matado a su hijo.

El tribunal, rivalizando en celo con la turba ciega y furiosa, condenó a Calas a la tortura para arrancarle la confesión de su crimen, puesto que no había contra él ninguna prueba. Los verdugos amarraron al condenado sobre el banco para aplicarle la tortura extraordinaria; rompiéronle las piernas a golpes con barras de hierro hasta el punto que colgaban como muertas. Mas, a pesar de sus atroces dolores, ninguna confesión salió de los labios del paciente, porque toda confesión hubiera sido una mentira. Afirmó su inocencia, hasta que un síncope le privó momentáneamente de los sentidos. Esta persistencia del desgraciado no impidió que los jueces le condenasen a ser puesto vivo en la rueda. Los adioses de los suyos fueron desgarradores, y sus últimos tormentos, horrorosos. Le rompieron todos los huesos a golpes de maza, y su cuerpo así deshecho, fue amarrado a la rueda. Durante dos horas estuvo extendido sobre el instrumento del suplicio en medio de los más atroces dolores, más semejante a un gusano que a un hombre. Sin embargo, él perseveraba en la oración, y a cada intimación que le hacían para que confesara su crimen y descubriera a sus cómplices, él afirmaba su inocencia. En fin, habiéndose terminado el tiempo marcado para el suplicio de la rueda, el verdugo le hizo el favor y la gracia de estrangularlo, después de lo cual fue quemado su cuerpo.

Esta fue la última víctima ofrecida en Francia al Moloch de la tiranía de la Iglesia romana y, afortunadamente, este sacrificio no fue inútil. Voltaire, indignado de esta infamia, expuso con palabras inflamadas la barbarie de la legislación francesa y el horror de esta rabia de persecución, y sus escritos produjeron tanta impresión, que en los círculos más influyentes de la sociedad se comenzó a tener vergüenza ante el resto de Europa. Se revisó el proceso, se anuló la sentencia y se rehabilitó formalmente a la familia Calas, la cual, si bien no pudo recobrar a su jefe ni su felicidad perdida, tuvo el consuelo de que la reparación del horrible escándalo que el proceso había causado en todo el mundo civilizado fuese favorable a sus correligionarios.

Poco tiempo después ocurrió otro suceso que tiene mucha analogía con la desgracia de la familia Calas. Tuvo efecto en la familia de Pedro-Pablo Sirven, y fue como sigue. Isabel Sirven, de veintitrés años dé edad y de cabeza débil, fue encerrada por el obispo de Castres en el convento de las Damas Negras, quienes, con amenazas y malos tratamientos, acabaron por ponerla loca. En semejante estado, volvió a casa de sus padres. Poco tiempo después, se escapó de la casa paterna, y después de buscarla muchos días se encontró su cuerpo en el fondo de un pozo. Los católicos no dejaron de acusar a los padres de la joven de haberla matado para impedirle que se hiciera católica; y la familia Sirven, previendo para sí la suerte de los Calas, se refugió en Suiza. Esto no obstante, los padres de la joven fueron condenados a muerte y ahorcados en efigie. Voltaire tomó su defensa, y después de siete años de esfuerzos, logró un decreto que anulaba la sentencia infamante y devolvía a los Sirven sus bienes y su honor.

A pesar de las burlas con que Voltaire persiguió a la religión, porque confundió siempre el Cristianismo con el Catolicismo; a pesar de la mala fama que ha dejado como corifeo de los librepensadores, hay que aplaudirle por sus heroicos esfuerzos en favor de la libertad de conciencia. Ellos contribuyeron poderosamente a hacer reinar en toda Francia una tolerancia práctica, precursora de la tolerancia legal, establecida por el edicto del 17 de Noviembre de 1787. Sin embargo, hasta el 24 de Diciembre de 1789 no reconoció la Asamblea Nacional a los protestantes el derecho de celebrar públicamente su culto, colocándolos en condición de perfecta igualdad con todos los demás franceses. Este fue aquel año su aguinaldo. Pero estas decisiones no triunfaron sin una violenta oposición de los partidarios de la antigua tiranía religiosa.

El hombre que más se distinguió en estos torneos oratorios fue Juan Pablo Rabaut Saint-Etienne, hijo primogénito del pastor Pablo Rabaut. Le eligió la ciudad de Nímes por su diputado en la Asamblea Nacional, y el discurso que pronunció en esta ocasión causó una impresión profunda, y le valió el honor de ser elegido presidente de esta Asamblea. Este honor lo anuncia a su venerable padre, en estos términos: "El presidente de la Asamblea Nacional se pone a los pies de usted".

El anciano campeón de Cristo se regocijó, sin duda, profundamente del cambio extraordinario en las relaciones de la vida pública que indicaba esta elección; pero se regocijó temblando, pues su mirada penetrante veía acercarse ya las tempestades de la revolución. He aquí la respuesta que dio a su hijo: "¡A mis pies! No, mi querido hijo, arrójate a. los pies del Señor, que nos ha mirado en su misericordia, y ha ordenado las cosas de manera que Francia nos da en tu persona una brillante satisfacción por los males sin cuento con que nos ha abrumado. Sí, esta lección es grande y esta revolución es sorprendente. Cuando yo erraba como proscrito por nuestras montañas pensando en ti, en tus hermanos y en tus hermanas, y diciéndome a mí mismo que tal vez mañana quedaríais huérfanos, arrancados de los brazos de vuestra madre y perdidos por mí para siempre, si Dios mismo entonces me hubiera predicho lo que hoy sucede, yo no sé si lo hubiera creído. Porque para que esto sucediese, no bastaba que nuestra fe cesara de ser perseguida; era menester que la monarquía se deshiciera, y Francia con ella. —Y tú mismo, ¿abrigas aún alguna ilusión acerca de esto? ¿Crees realmente que la verdadera libertad puede salir de esta revolución? Esto podrá suceder en lo porvenir... ¡y aun!... Mas este porvenir yo no lo veré, y acaso tampoco tú... La Francia no será libre hasta que no se entregue a Aquel solo que liberta; y el que liberta —que Francia lo sepa bien— no es ni Rousseau, ni Voltaire, ni el Papa".

¡Con qué perspicacia leía el porvenir la mirada penetrante de este anciano, a la luz de lo Alto! En efecto, tres años después de estas predicciones, el joven Rabaut era decapitado con todos los defensores del orden y de la moderación, por los hombres del Terror, que habían hecho subir al cadalso a Luís XVI. El padre de este adalid del Evangelio fue encerrado en la ciudadela de Nimes, por su fidelidad como cristiano y como pastor, hasta que la caída de Robespierre y de su poder aterrador rompió sus ataduras y le permitió, en su última predicación delante de una multitud inmensa, dar gracias a Dios por el restablecimiento del orden y de la libertad religiosa.

Pocos días después (1795), cual nuevo Simeón, el fiel siervo de Dios, a la edad de ochenta y cuatro años, entró en el gozo de su Señor. Unas manos piadosas cavaron su tumba en el sótano de su casa, porque en aquellos tiempos no tenían los Hugonotes cementerios, ni siquiera seis palmos de tierra donde sus cuerpos pudiesen reposar con segundad.

No tiene más monumento que una piedra modesta que cubre su tumba, y el magnífico testimonio del Consistorio que le designa como "el restaurador y el apóstol de la Iglesia reformada de Nimes, que expuso generosamente su vida a los mayores peligros por la salvación de su rebaño".

A1 presente, cien años después de su muerte, la casa de este fiel pastor sirve aún de tranquilo refugio las ovejas en peligro, es decir, a los huérfanos abandonados de Nimes y de los Cevenas. Desde entonces ha pasado Francia por muchas alternativas de libertad y de opresión, de prosperidad y de reveses; aun hoy se asemeja a un vasto campo de batalla, donde los dos enemigos irreconciliables, a saber el clericalismo romano y el librepensamiento incrédulo, se combaten sin cesar, y la palabra del anciano profeta hugonote resulta tan verdadera como hace cien años: "Francia no será libre hasta que no se entregue a Aquél solo que liberta".

Empero al ver cómo la predicación del Evangelio es acogida con alegría en ciudades y comarcas que fueron en otro tiempo teatro de las sangrientas hazañas de la tiranía papal, y aun por sacerdotes que en gran número han sacudido el yugo de Roma para anunciar a su vez el Evangelio inmaculado, podemos vivir en la seguridad consoladora de que la Iglesia de la Reforma en Francia no ha sido conservada en vano a través de persecuciones seculares, sino que un gran papel le está aún reservado. Es preciso que ella sea para su pueblo como la sal, como la luz que brilla en un lugar oscuro, hasta el día cercano en que, como lo esperamos, saldrá sobre sus fértiles campos el sol de justicia que lleva la salud en sus rayos.

SE TERMINÓ DE TRANSFORMAR A FORMATO DIGITAL POR ANDRÉS SAN MARTÍN ARRIZAGA, 9 DE AGOSTO DE 2007.